

Harvey Spencer Lewis

ENVENENAMIENTO MENTAL

Mental Poisoning

(1937)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección "Rosae Crucis" N° 28

ÍNDICE

1) ¿Hipnotismo o Magia Negra?	3
2) ¿Es posible la Magia Negra?	6
3) Psicología de las Reacciones Mentales	9
4) Extraños Procesos de la Mente Humana	15
5) Envenenamiento Mental: Causas que lo Producen	22

CAPITULO I

¿ HIPNOTISMO O MAGIA NEGRA ?

La muerte misteriosa que terminó con la vida de muchos de los exploradores que tomaron parte en los trabajos de excavación de la tumba del Rey Tut Ank Amen, gradualmente despertó en el mundo entero gran interés en la antiquísima creencia de la magia negra y los anatemas mágicos.

El aumento del número de individuos que periódicamente fueron así cayendo víctimas, aparentemente, de los "secretos anatemas de las tumbas", ha servido para intensificar el interés general en este asunto, hasta que hoy en nuestros días, una gran parte del mundo civilizado está en la creencia de que el misterio que rodea a esas muertes ha sido deliberadamente velado por la ciencia y por la religión, y por las fábulas hábilmente inventadas, inconsistentes y contradictorias, de aquellos que saben más acerca de esto, de lo que confiesan; entretanto, una gran mayoría de la gente inculta mueve significativamente la cabeza como indicando que están bastante familiarizados con el asunto para no arriesgarse a incomodar a los demonios invisibles emitiendo atrevidos comentarios.

Escritos de fondo aparecidos en periódicos dominicales y en revistas rimbombantes, han deformado las tradiciones históricas y los datos fidedignos referentes a los poderes mágicos en cuestión, e intentan impresionar a los espíritus incautos con las advertencias de los hombres de ciencia y las amonestaciones de los líderes y educadores religiosos, que pretenden hacernos creer que todas las muertes súbita y repentinamente acaecidas en la tumba de Tut Ank Amen no obedecen a circunstancias sobrenaturales, sino que han sido meras coincidencias; no obstante, esta propaganda no ha bastado para apagar la llama de la curiosidad encendida alrededor de estos sucesos y los detalles misteriosos que los envuelven.

A pesar de todo, alienistas famosos y expertos psicólogos nos dicen que si acaso hubo alguna conexión entre las extrañas enfermedades que causaron la muerte repentina a cada uno de los exploradores y la apertura de la tumba del Faraón y la extracción de su misterioso y sagrado contenido, esa conexión fue puramente mental, y debió consistir en una especie de sugestión hipnótica por medio de la cual la víctima creó dentro de su propio ser -impresionada por lo que había leído acerca de los castigos que amenazaban a los que violaran las tumbas y transgredieran así una de las más antiguas leyes egipcias-, la rara enfermedad que le ocasionó la muerte.

De este modo la ciencia quiere sustraer el misterio a la categoría de los hechos sobrenaturales o mágicos, para clasificarlo dentro de la moderna denominación de fenómenos hipnóticos o psicológicos, como si en esta forma nos diera la clave del asunto y nos proporcionara una explicación que no dejara lugar a dudas de ninguna especie.

Si la muerte de esos exploradores se debió a una sugestión hipnótica que dominó sus imaginaciones a raíz de haber ocurrido el primero o segundo incidente que precedieron a la misteriosa cadena de inexplicables desapariciones, el hecho de que esta influencia haya afectado a más de veintidós personas coloca el asunto a cubierto de cualquier definición snobista. En otras palabras, si una sugestión infiltrada y propagada por el temor fuera la verdadera causa de las muertes acaecidas, esta nefasta influencia habría alcanzado a dos o tres personas a lo sumo y no hubiera originado la serie de desgracias que siguieron. Podríamos admitir que la causa psicológica comenzó a actuar inmediatamente después de la primera de estas muertes, pero aun así nos

encontraríamos en el vacío, pues no existe ningún antecedente que sirva de punto de partida para trazar una línea que enlace este primer suceso a una causa original.

El hecho cumplido es, y aquí estriba la gran dificultad con que tropiezan las teorías en referencia, que esta serie de muertes inesperadas da gran actualidad, y parece confirmarlo, al tremendo anatema inscrito en la tumba de Tut Ank Amen desde hace 31 siglos.

De consiguiente, lo único que cabría aquí es hacerse las siguientes preguntas: ¿Qué forma de magia desconocida ha podido conservar acumulado a través de las edades, un poder psicológico capaz de tener semejante repercusión física en nuestros días? ¿ Es esto hipnotismo o magia negra, o es micromancia o ley kármica ? ¿ Frente a qué misterio estamos, que la ciencia no puede explicar ni la mente comprender aunque lo palpa ?

Otra explicación plausible, aunque no menos confusa, es la que sugiere que algún veneno de naturaleza sutil e intangible fue colocado dentro de la tumba, impregnando con él deliberadamente las paredes y todos los objetos allí guardados, de manera que todo aquel que tomó parte en la labor de excavación absorbió dicho tóxico y de ahí que las veintidós personas que murieron presentaran las características de haber sufrido de un mismo y trágico mal.

La mente ingenua acepta presto esta última explicación por ser no solamente simple y sencilla, exenta de los elementos de lo sobrenatural, sino porque está revestida de una aparente lógica. Mas la mente analítica descubriría pronto la falsedad de esa teoría. En primer lugar, expertos a quienes se les ha consultado y que han hecho el más minucioso examen químico-analítico hasta del polvo hallado sobre cada objeto existente dentro de la tumba, en sus muros y aún sobre parte de los sarcófagos, han fracasado en descubrir veneno alguno. Y respondiendo a la pregunta de si algún antiguo veneno desconocido pudiese haber permanecido oculto en las minúsculas sustancias examinadas por medio del microscopio, los expertos toxicólogos y patólogos declaran que no hay veneno conocido por ellos que pueda conservar su virtud y potencia a través de tantos siglos, o que pueda ser tan fácilmente absorbido por el sistema con sólo el contacto casual de las cosas de la tumba, efectuado por aquellos que no hicieron más que fotografiar o tomar medidas de tales objetos, y que, sin embargo, sucumbieron víctimas de tan extraña enfermedad.

Hay otro error que salta a primera vista y que hace que la teoría del envenenamiento químico sea inaceptable. Es el hecho de que aunque todos los excavadores, investigadores, fotógrafos, artistas, observadores, asociados y testigos entraron a la tumba del Rey Tut Ank Amen a la misma hora de un mismo día, y estuvieron en contacto a un mismo tiempo con los diversos objetos que ocupaban la bóveda, terminando sus labores al mismo tiempo, no todos ellos sintieron los síntomas de la enfermedad el mismo día, ni fallecieron a un tiempo. Uno a uno fueron cayendo, con días, semanas y hasta meses de intervalo, presas del extraño mal que les arrebató la vida.

La enfermedad en sí fue la misma, pero las manifestaciones patológicas variaron en cada caso, presentando siempre características personales muy exclusivas. En cambio los efectos psicológicos repercutieron con igual resonancia en todos: las alucinaciones mentales y el pánico los convertían en seres impotentes desde el primer momento que aparecía la enfermedad.

Este estado de histerismo que padecieron todas las víctimas, era exaltado hasta la locura por la imaginación, que forjaba terribles visiones y les llevaba a las más horribles desesperaciones.

¿ Qué clase de veneno orgánico o inorgánico pudo ser compuesto hace treinta y un

siglos para que esparcido. en una tumba, después de tanto tiempo, aun conservara su maleficio y su poder hasta el punto de ser capaz de afectar automáticamente a seres humanos que gozaban de una salud normal, inoculándoles su ponzoña mortal con igual intensidad, de manera que los síntomas orgánicos y psíquicos tuvieran un mismo origen generador de trastornos físicos incurables y de perturbaciones nerviosas espantosas que atormentaban a la victima con sufrimientos dantescos, y que sin embargo no produjo la muerte instantánea y en conjunto de todas ellas, sino que una a una fueron cayendo a intervalos diferentes?

Por ser esta última pregunta tan compleja y estar fuera del alcance de la ciencia moderna, es que la idea de la teoría del envenenamiento físico-químico debe desecharse. Si recurrimos a los psiquiatras y expertos en problemas psicológicos y metafísicos y les hacemos la misma pregunta, recibiremos esta sorprendente respuesta :

"No existe más que un veneno maléfico que pudo ser inventado hace treinta y un siglos o más, y que puede causar los horripilantes efectos que hemos mencionado, y éste es el envenenamiento mental".

A través de los tiempos, el envenenamiento mental, ya sea en una u otra forma, ha esclavizado a millones de seres humanos y torturado las almas de hombres y mujeres en todos los climas y latitudes.

El envenenamiento mental ha sido el arma de combate de las primeras y más primitivas criaturas humanas. Ha sido un instrumento de tortura y muerte, insidioso, invisible, en manos de sabios e ignorantes, de ricos y pobres, de altos y bajos, aun de los que fingen de beatos y de santos. Ha sido el "medio hacia un fin" en manos de potentados y gobernantes de mente perversa, de médicos y magos, sacerdotes y clérigos, de caballeros de industria, de extorsionistas y amigos falsos.

Ha sido el emblema de poderío de aquellos que se proclaman como caudillos de las reformas sociales y de los estafadores organizados. Es, en fin, la divisa sutil y diabólica de millones de hombres y mujeres, que bien pueden estar o no al corriente de su fuerza y potencia aniquiladora.

Y todos nosotros, de día en día, y hora tras hora, en cada estación de la vida, en todas las circunstancias venimos a ser las probables victimas de este azote de la humanidad, a menos que comprendamos su naturaleza y reconozcamos inmediatamente su infecciosa inoculación, para hacer uso del único antídoto conocido que reacciona sobre el mal y nos libra de sus efectos.

CAPITULO II

¿ES POSIBLE LA MAGIA NEGRA?

En todas las edades ha existido la supersticiosa creencia en el "mal de ojo", en el poder sutil e intangible de la Magia Negra, y en la mente avasalladora del hipnotizador. Al viajar en estos tiempos modernos por un país como Egipto, encontramos dos particularidades que llaman inmediatamente nuestra atención. La primera de ellas es la circunstancia de que en todos los hogares y viviendas de los nativos, no importa cuán humildes sean, las ventanas tienen un postigo azul ya falta de éste se puede ver una mancha azul en la parte exterior de la pared; y asimismo todo ser viviente, inclusive los asnos y los camellos, llevan al cuello un cordón azul, siendo éste algunas veces en la mayoría de las personas un collar de cuentas; lo que no varía en ningún caso es el color de dicho amuleto, que es siempre color azul turquesa. La segunda de dichas particularidades consiste en que la mayoría de los hombres y mujeres de este país son tuertos o tienen un ojo defectuoso, cosa que se observa hasta en los niños de edad escolar .

A primera vista resulta difícil darse cuenta de que existe relación alguna entre el postigo azul, la mancha azul de la pared, el collar azul y el ojo dañado. Mas al investigar un poco encontramos que todas estas señales, según creencia de aquella gente sirven de protección absoluta contra el mal de ojo, o las influencias mágicas de ciertas entidades malignas, que son invisibles al hombre pero que pueden descargar sobre él el poder de su fuerza omnipotente.

Desde tiempo inmemorial los creyentes en dichas supersticiones, acostumbraban vaciar un ojo a sus niños recién nacidos, o bien se lo quemaban con un instrumento romo, o se lo rasgaban con la uña de uno de los dedos de la mano izquierda con la idea de desfigurárselo, de modo que en toda su vida aún hasta en la vejez, su apariencia horripilante ahuyentara al demonio, de la misma manera que creen que lo hace el postigo azul, la mancha de pintura y la sarta de cuentas azules. Al encontrar aún en nuestros tiempos la existencia de tales creencias en países incultos o semi-civilizados, cuyos habitantes tienen que mezclarse anualmente con millones de turistas de países civilizados que no recurren a tales formas de protección mágica, comprendemos cuán difícil es borrar de la imaginación y la conciencia de los seres humanos aquellas creencias engendradas por la ignorancia, por las tradiciones a través de las edades, y, al parecer, alimentadas por extrañas coincidencias.

Cada país tiene sus métodos propios para conjurar los diversos hechizos y poderes ocultos; unos usan las hogueras de hierbas silvestres o el sacrificio de animales domésticos, otros las abluciones sagradas o la flagelación del cuerpo, hay quienes ingieren pócimas preparadas con ingredientes extraños y muchos se cuelgan un amuleto o talismán al cuello para evitar malas influencias.

Pero lo lamentable es que aun hoy día en nuestros países, civilizados y ultramodernos, entre las clases cultas, abundan creencias supersticiosas que son tan extraordinarias, tan fanáticas e igualmente tan insanas e inexcusables como las que he mencionado.

Una de las más censurables supersticiones que profesa nuestro evolucionado mundo moderno, es la creencia de que existen ciertos seres humanos que poseen poderes y fórmulas secretas que los capacitan para influir mentalmente sobre otros individuos, independientemente de las circunstancias de tiempo y espacio, y que en esta forma pueden concebir pensamientos malévolos e irradiarlos sobre la persona que

desean perjudicar, a fin de que arraiguen en la mente respectiva y cumplan la misión destructora y perversa para la que fueron creados.

De acuerdo con esta creencia supersticiosa tan en boga, un individuo, así sea de la peor calaña y sea cual fuere su posición social y su grado de cultura y desarrollo mental, una vez en posesión de una de estas fórmulas secretas podría realizar sus más inicuas y malvadas intenciones con sólo descargar el formidable anatema como rayo mortífero y aniquilador sobre la víctima elegida, y podría causar la muerte instantánea mediante la destrucción de todas las células y tejidos, o producir a voluntad diversas clases de enfermedades o impresionar la mente de la persona con ideas obsesionantes hasta precipitarla dentro de una forma de locura incurable.

Parece increíble, pero no obstante es la pura realidad, que durante los siglos diecinueve y veinte y demás tiempos de la edad moderna, se hayan escrito más libros y folletos horripilantes y se hayan inventado más teorías y dicho; conferencias sobre el uso y la práctica de la Magia Negra, que lo hecho durante la oscura edad media.

Es asimismo increíble que en años recientes cierta secreta y supuesta fraternidad blanca haya organizado y radiado para toda la América comedias y dramas referentes a la práctica de dicha magia negra, revistiendo la referida propaganda de un carácter y una dignidad que llevaban al espectador a pensar en la existencia factible de tales supersticiones.

Mas para los místicos y estudiantes de las leyes cósmicas y del orden universal, la creencia en un poder destructor puesto en juego por un individuo, es contradictoria, imposible, y verdaderamente sacrílega. Y el místico y estudiante sincero de la ley cósmica tiene autoridad suficiente para opinar sobre la materia.

El conocimiento y la experiencia que tiene de las leyes que gobiernan los divinos principios cósmicos, lo capacitan para aseverar que no es posible que exista ninguna clase de comunicación mental de índole perversa y destructora, entre dos personas o entre un individuo y un grupo de individuos, pues no es posible lograr contactos psíquicos sin el auxilio y la ayuda consciente del sublime espíritu universal que llena el espacio y actúa en estos casos como vehículo transmisor de las ondas del pensamiento, de la luz, de la energía, y, en fin, de todas las vibraciones cósmicas, cualquiera que sea su manifestación. Y creer que este divino espíritu universal, emanación de la propia Conciencia Cósmica del Creador, que ha sido difundido por todos los espacios con fines de bondad, de amor y de armonía, y que unificado por todas estas excelsas cualidades ha de volver a su fuente de origen, vaya a prestarse para servir mezquinos intereses egoístas completamente en desacuerdo con las fuerzas universales, creadoras y constructivas, sería, además de una profanación imperdonable, una burda e infantil superstición.

En el mundo invisible de las etéreas radiaciones mentales, únicamente los conceptos constructivos e inspirados en la verdad, compatibles con la naturaleza armoniosa y llena de amor del Ser Supremo, pueden ser transmitidos de una conciencia humana a otra, o del cósmico a una persona p de una célula a otra célula. Cualquier corriente de pensamiento negativa, inarmónica, que salga de la mente de un individuo con intenciones de perjudicar a otra persona, será instantáneamente rechazada y disuelta. Su potencia es neutralizada por las fuerzas y poderes constructivos de la Conciencia Divina y los pensamientos maléficos obligados a regresar a la mente que los originó, sobre la cual reaccionan y no sobre la presunta víctima. El místico y el estudiante de las leyes cósmicas y divinas sabe que Dios, desde el principio del mundo, estableció que el hombre sería libre de cualquier influencia mental externa, excepto la de su propio pensamiento. Las bases del Universo están sentadas sobre principios de fuerzas creadoras y sólo ellas podrán tener repercusión en la conciencia humana. En

cada mente y en cada cuerpo, en cada órgano y en cada célula existe una partícula de la conciencia de Dios, del Padre de todo lo creado.

Ni el más simple de los postulados de la magia negra ha podido ser probado o demostrado. ¿ Por qué entonces algunas gentes se empeñan en propagar y auspiciar tales creencias, fomentando la superstición que existe con respecto a tan diabólicos poderes ? La respuesta la encontramos en el hecho de que aquellos que han alentado y difundido semejantes ideas, inventando experiencias imaginarias para robustecer sus argumentos, han sido casi siempre gentes ignorantes que han terminado por creer ellas mismas en los engendros de sus imaginaciones, llegando a convertirse en las víctimas infelices de un terror infundado hacia un poder infernal y desconocido que ellas mismas han forjado.

De allí que aquél que sinceramente cree en la magia negra y sus poderes, autosugestionándose en tal sentido, no solamente sea un esclavo del temor que le infunde su creencia, sino que llega a ser una víctima efectiva de las ideas diabólicas y destructoras que ha albergado en su mente.

Pues mientras la conciencia y las corrientes cósmicas que inspiran los sentimientos humanos y penetran las almas y los cuerpos de todas las criaturas de Nuestro Señor, rehúsan recibir y transmitir los pensamientos dañinos emitidos con el propósito deliberado de perjudicar a otra persona, dentro de nosotros mismos se verifica un proceso por el cual nuestros nervios materiales y mortales y nuestros sentidos físicos llevarán desde la mente a través de todo nuestro ser aquellos pensamientos discordantes, infecciosos y malévolos nacidos del temor y el miedo, que atormentan la imaginación y son conservados al calor de dichas supersticiones.

Por lo tanto, podemos ser víctimas individuales de nuestra propia malevolencia, pero jamás podremos ser víctimas de la ponzoña del pensamiento ajeno. Lo que concibamos en nuestra imaginación a base de falsas creencias y permitamos que se convierta en una ley o mandato dentro de nuestro propio ser, es lo que constituye una forma de envenenamiento mental.

Todos los mortales somos más o menos víctimas de este auto-envenenamiento desde el principio de nuestra existencia hasta el fin, a menos que por medio de la instrucción, hayamos aprendido a protegernos contra los efectos diabólicos de los malos pensamientos. Pero no es esta forma de envenenamiento mental la que está causando, creando, y produciendo en nuestra civilización moderna, los sufrimientos horribles, innecesarios y malditos que hacen millones de víctimas día tras día y hora tras hora, entre la especie humana. Es de esta diferente clase de envenenamiento mental de la que trataremos en los siguientes capítulos.

CAPITULO III

PSICOLOGIA DE LAS REACCIONES MENTALES

No hace muchos años que especialistas en diversas ramas del saber estuvieron seriamente empeñados en estudiar y analizar las reacciones de ciertos estímulos nerviosos y mentales. En el terreno de la psiquiatría y en el de la neurología, lo común, lo raro, lo normal, y lo anormal en las reacciones de los estímulos de varias clasificaciones, tanto físicas como mentales o nerviosas, capacitó a los especialistas para diagnosticar y catalogar con exactitud el estado físico y mental de las personas que sufrían de enfermedades crónicas de origen desconocido y complejo, producidas casi siempre por causas imaginarias.

Como resultado de los muchos años de estudio analítico, catalogado en minúsculos informes que paulatinamente fueron complementándose unos a otros hasta cobrar la categoría de descubrimientos, se obtuvo la clasificación de ciertas reacciones comunes a la mayor parte de los casos observados y que los especialistas convinieron en llamar **reacciones normales o naturales**, a fin de distinguir las de los síntomas particulares y peculiares de cada paciente, que fueron catalogados en la escala de **anormales, subnormales, extraordinarios y únicos**.

Las acciones y reacciones de pequeños animalejos y de algunos animales domésticos, se sumaron finalmente a las observaciones hechas en los seres humanos y la ciencia nos pudo explicar las causas psicológicas y fisiológicas que hacen que un perrito que nunca fue sumergido en el agua, pueda nadar perfectamente a su primer contacto con dicho elemento. El misterio de su habilidad para comprender en un momento dado lo que debe hacer sin antes haber sido instruido en tal sentido, está comprendido en la clasificación de los hechos raros o **anormales**, pues la acción del animalito lo que hace es responder al estímulo que sufre su sistema nervioso al contacto inmediato de lo húmedo y frío del agua.

Las mismas causas llevan al pajarillo a emprender el vuelo cuando es lanzado por primera vez desde el borde del nido al espacio infinito. Todas estas observaciones nos han llevado gradualmente a comprender por qué los niños gritan atemorizados a la vista de un cuadro horripilante y por qué naturalmente buscan la protección de sus padres cuando se imaginan estar en peligro.

Una cuidadosa lectura de los libros que tratan sobre esta materia nos inducirá a pensar que todos nosotros como seres humanos, con la misma clase de conciencia animando nuestras células, vivimos y actuamos, pensamos y razonamos, obedeciendo únicamente a los estímulos que impresionan nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra mente, y, en fin, todo nuestro sistema nervioso. Cuando sentimos hambre y tomamos algún alimento, no hacemos sino obedecer a una reacción; igualmente cuando tenemos sed y bebemos algún líquido para calmarla. El placer que derivamos de la música o de un paseo al campo, o del sabor de un alimento succulento, o al aspirar algún olor agradable, son diferentes formas de reacciones resultantes de ciertos estímulos específicos.

Todo esto explica y hace comprender muchos de nuestros impulsos naturales, considerados en un principio como simples instintos primitivos. Pues la psicología nos demuestra que algunos de ellos, por ejemplo el instinto de conservación innato en todo ser viviente, no obedece exclusivamente a un impulso subconsciente impreso en la conciencia humana desde un remoto ancestro. Esta teoría ha sido introducida por una escuela nueva llamada reaccionista, y establece que toda impresión causada por la inminencia de un peligro cualquiera, obra como un agente estimulante sobre el sistema

nervioso y esta reacción a su vez se trasmite al cerebro y entonces se produce el gesto inmediato y espontáneo que tiende a protegernos o a librarnos del peligro que nos amenaza.

Siempre hemos creído que la conservación de sí mismo fue la primera ley de la existencia consciente, y que toda forma animada, desde el protozoo hasta el hombre, lleva en sí este instinto que la hace reaccionar ante el peligro, sin que para ello tenga que intervenir ningún agente especial y determinado.

También la psicología de las reacciones mentales enseña, además del conocimiento de las reacciones fisiológicas, que existen otros instintos naturales, comunes a todos los seres humanos, que tal vez tengan su origen desde los comienzos de la vida, pero que al mismo tiempo muy bien podrían ser producto de nuestra evolución actual. En otras palabras, algunos de los instintos predominantes en la generalidad de los individuos de esta era civilizada, pueden ser el resultado lógico del alto grado de desarrollo alcanzado por la conciencia humana; tal vez no hayan sido engendrados por la vida primitiva sino que sean los hijos legítimos de nuestro progreso y adelantos modernos.

Uno de los impulsos más profundamente arraigados en la conciencia humana es aquel que tiende a rechazar toda imposición y que hace que sólo se acepten con buena voluntad aquellas órdenes o mandatos cuyos propósitos y finalidades han sido razonados y comprendidos de antemano. No necesitamos perder tiempo. Consultando anotaciones clínicas ni pasar meses o años analizando la psicología infantil, para decir que la mente humana se rebela ante toda imposición arbitraria. La reacción natural ante cualquier orden imperiosa brota siempre espontánea y nuestros labios la exteriorizan frecuentemente con esta interrogación: "¿Por qué?" Si dos individuos caminan por una misma acera en dirección contraria y al encontrarse uno con otro alguno de los dos dijera: "Apártese de la acera y déjeme pasar", el otro reaccionaría normal y naturalmente irguiéndose enfáticamente y con mirada centelleante manifestaría este instinto negándose a obedecer y exclamaría: "¿Por qué razón he de hacerlo?"

He usado una ilustración muy rara o extraña para hacer entender mi pensamiento, y es más que posible que si el incidente narrado ocurriera en ciertos lugares y entre cierta clase de individuos, la reacción hubiera sido mucho más violenta y no se habría limitado a la simple demanda de una explicación. No obstante, aunque la ilustración de este incidente es vulgar y corriente, y carece en absoluto de sutileza, demuestra bien el principio de que se trata.

La psicología enseña que para lograr que una mente ajena acepte nuestras ideas y acceda a hacer lo que queremos, debemos insinuar nuestra voluntad de manera muy sutil y delicada, hasta el punto de hacerle creer que lo que aprueba y acepta no son las ideas de otro sino sus propios pensamientos. Porque en toda mente humana está siempre latente la actitud de rechazar cualquier imposición, y debemos sorprender y dominar inteligentemente este instinto natural si queremos tener éxito feliz en nuestros propósitos. No hay duda que por esta razón es que gradualmente hemos ido adquiriendo una forma cortés de expresar nuestros deseos, pero aun así esto no impide que un mandato directo, aunque esté formulado en el lenguaje más diplomático y refinado, despierte la repugnancia innata que nos inspiran las imposiciones.

Si un individuo dijese a otro: "¿Tendría usted la bondad, mi estimado y respetado señor, de apartarse un poco para yo pasar?", es indudable que el otro se haría a un lado inmediatamente y con mucho más agrado que si esto se le hubiese pedido en forma autoritaria. También puede suceder que reaccione de modo diferente, pues si se detiene un momento a analizar la forma ampulosa y extraña de la solicitud, hecha en tono tan meloso, podría llegar a la conclusión de que el tipo es un desequilibrado mental

o sufre de un insoportable complejo de superioridad. En tal caso es seguro que la reflexión y el análisis traerían como consecuencia final la determinación de no acceder a lo pedido sin una explicación previa.

En consecuencia, sentaremos como un principio psicológico que tan pronto como la mayoría de las personas adquieren uso de razón y se van compenetrando de que son en si entidades con ciertos derechos y privilegios inherentes a su condición de seres humanos, se hacen mucho más sensibles y susceptibles a cualquier forma de presión externa que intente o simule lesionar tales derechos. Aunque las ideas que tenemos sobre estas prerrogativas casi siempre están mal fundadas y provienen generalmente de cierto engreimiento personal, y aun cuando muchas veces conscientemente trasponemos los límites de ellas, no por eso estamos dispuestos a tolerar que un extraño nos llame la atención. Por ejemplo, un ciudadano que se pasea por las avenidas de un parque público muy bien cuidado ya quien de repente le provoca andar por la grama aunque hay un letrero que expresamente lo prohíbe, no le gustará ni aceptará que un particular le llame la atención sobre la infracción que está cometiendo, aun cuando sabe que al llamarle la atención al respecto no se le despoja de ninguno de sus derechos, sino que simplemente se le advierte acerca de su proceder incorrecto. En cambio, si en vez de ser un particular el que le llama la atención, es un policía o un vigilante del parque, o un empleado cualquiera investido de autoridad oficial, sin duda que atenderá el reclamo inmediatamente y dejará de pasearse por el césped, pero esta obediencia forzosa no obstará para que en lo íntimo de su ser se alce una voz de protesta por esta intromisión que le impide hacer su voluntad. El hecho de reconocer el principio de autoridad no basta para extirpar de la conciencia el impulso de rebeldía que despierta una orden autoritaria, y, al acatarlo, el ser humano obra estimulado por esa otra poderosa fuerza natural que es el instinto de conservación.

Fácil es comprender ahora por qué los niños cuando se les manda o se les prohíbe hacer alguna cosa, tienen siempre a flor de labio esta gastada y usual pregunta: "¿Por qué?" El chiquillo puede o no ser consciente de que se está atentando contra su libre albedrío al imponerle que proceda en talo cual forma, pero sí se da cuenta de que dicho mandato coarta su acción, pues tiende a modificar las conclusiones alcanzadas por él o le prohíbe expresar lo que desea, y, en fin, limita en muchas formas la libre expansión de su naturaleza.

La psicología de las reacciones mentales ha sido aplicada a los negocios, especialmente en lo que se refiere a los métodos de propaganda y venta, y así vemos que los astutos comerciantes de hoy día poseen la última palabra en cuanto a estos conocimientos se refiere. El comerciante, el anunciador y el vendedor, saben perfectamente que todo presunto comprador antes de adquirir un producto formulará la inevitable pregunta en relación con la naturaleza del objeto: "¿Por qué?" Si no fuera por la calidad de los pianos Steinway o Chickering, sería muy difícil para un vendedor de estos instrumentos tener buen éxito en su oficio limitándose solamente a clamar en periódicos, revistas y circulares, la necesidad imprescindible que tiene toda persona de adquirir uno de dichos pianos. Aun cuando la propaganda impresa hubiera divulgado todas las virtudes de estos instrumentos, el vendedor está obligado a conocer todo lo relacionado con la naturaleza intrínseca de ellos, si desea triunfar en su carrera, y no atenerse y descansar en la creencia de que los clientes han de estar enterados sobre el particular por las publicaciones hechas al respecto. Debe estar preparado para satisfacer todos los requerimientos del comprador, suministrándole una información convincente sobre el objeto que le ofrece en venta, pues denotaría un pobre conocimiento de la psicología humana esperar que cada cliente conozca de antemano la calidad del artículo

que va a comprar o que se decidirá a obtenerlo sin una demostración previa que lo convenza de que va a hacer una valiosa adquisición.

Un acreditado producto, vendido por muchos años en todo el territorio de los Estados Unidos, fue anunciado una vez en carteles, periódicos y revistas, en esta lacónica forma: "Si al fin lo tiene usted que comprar ¿por qué no lo hace ahora mismo? Se creyó que esta nueva forma de propaganda incrementaría en gran escala la venta del famoso producto. Pero no fue así.

Cuando el anuncio apareció en lugares que no estaban familiarizados con el artículo en cuestión, las ventas esperadas no cristalizaron, pues miles de probables consumidores reaccionaron, natural e inconscientemente, ante la forma imperiosa y autoritaria del aviso y en su interior surgió esta réplica subconsciente: "Muy bien, pero ¿por qué estamos obligados a comprarlo?" ¿Qué cosa había en aquel producto que tenía la gente que comprarlo inevitablemente y por qué había de hacerlo ya ? Al no encontrar respuesta a estas interrogaciones, la mente humana se sintió afectada por la manera imperativa en que se le excitaba y por el espíritu de contradicción que toda proposición sin razonar provoca, el público reaccionó negativamente y se abstuvo de adquirir el producto. Esta actitud, creada por un simple reto, se fue robusteciendo hasta constituir un factor psicológico mucho más poderoso que el crédito alcanzado por el producto durante todo el tiempo de su larga distribución, y fueron necesarios años de propaganda bien dirigida para destruir el recelo y el resentimiento mental del público.

Por esto podemos ver cómo la humanidad, especialmente en los países civilizados, reacciona normal y naturalmente, de manera espontánea, siguiendo el proceso o curso psicológico de los estímulos mentales que recibe. De ahí que los negociantes afortunados, los anunciadores, los psicólogos, los médicos, los cirujanos, los profesores, los maestros, abogados y profesionales en todas las ramas de las actividades humanas, hayan llegado a la conclusión de que el método más sencillo, seguro y eficaz para obtener la colaboración de una persona o de una agrupación cualquiera, es sugerirles o insinuarles delicadamente nuestra voluntad o deseo, en vez de tratar de imponerlos como una orden ineludible. También en el campo profesional, y asimismo en lo tocante a ventas y publicidad -que abarca la mayor parte de las artes y profesiones liberales de hoy día- se ha comenzado a aplicar la psicología de las reacciones mentales, usando el método de presentar en diversas formas sugerencias que encierran en si toda la fuerza y la potencia de un mandato ejecutivo, pero que a la vez tienen la agradable apariencia de un dulce y conveniente ruego.

Al ser llevado a la práctica este original sistema de psicología aplicada, se han puesto de relieve muy importantes principios.

Se ha comprobado que existen muchos medios de los cuales es posible valerse para formular y transmitir nuestra voluntad sin que la mente que recibe nuestro enérgico deseo se dé cuenta de que estamos haciendo presión sobre ella y acepte casi natural y espontáneamente la que le proponemos.

De las múltiples observaciones hechas por la psicología aplicada sacamos en conclusión que en la vida diaria y en las ocupaciones cotidianas, en nuestros asuntos personales, privados e íntimos, así como en nuestra vida pública, hora tras hora y día tras día, nuestras acciones y reacciones obedecen a millares de poderosas y sutiles sugerencias que nos son impuestas por una pléyade de especialistas de todas las ramas de las actividades humanas, que hacen de sus gustos y caprichos leyes que el resto de los mortales acatamos y cumplimos sumisos. Ellos nos indican qué clase de alimento debemos tomar en el desayuno, nos escogen las telas para nuestros vestidos y nos imponen las modas; desde las ligas que compramos hasta los alfileres para el sombrero,

desde los zapatos hasta las yuntas de la camisa, todo, todo lo que usamos es diseñado por ellos, y sin embargo aceptamos estas imposiciones como algo, natural. Desde que nacemos hasta que morimos nos encontramos envueltos en las redes sutiles de la voluntad ajena, pues basta meditar un momento sobre el particular para darnos cuenta de que el estilo de la casa en que vivimos, la profesión que elegimos para nuestros hijos, las diversiones a que asistimos, los libros que leemos, las medicinas que tomamos, los términos que usamos para designar nuestras dolencias físicas, la clase de operación quirúrgica que necesitamos y finalmente, la forma y disposición de nuestros funerales, no son: sino el resultado de una serie de ideas preconcebidas y heredadas y las cuales nos gobiernan como por arte de magia. Después de hechas estas consideraciones se queda uno caviloso y llega casi a dudar de que posea alguna idea verdaderamente original y propia o que haya algún deseo genuino, hijo exclusivo de nuestra propia conciencia, libre de las influencias mentales de algunas de las travesuras de nuestros antepasados.

Se han clasificado en tres categorías los métodos para formular sugerencias que puedan ser propuestas por una mente a otra mente y aceptadas por ésta sin repugnancia, o, mejor dicho, de manera natural y casi inconscientemente, sin dar lugar a que se produzca la reacción espontánea que repele toda insinuación de carácter imperioso. El primero de estos métodos consiste en presentar las ideas con gran delicadeza, revestidas de un estilo elegante y melifluido; el segundo se reduce a formular el pensamiento escuetamente, sin ambages ni rodeos, acompañándolo con algún gesto enfático o subrayándolo con cierto silencio significativo, y el tercero viene a ser una combinación de los dos primeros, valiéndose de dibujos o pinturas, del cine o de fotografías, de diagramas o de cualquier clase de símbolos estadísticos, a fin de ilustrar el pensamiento y presentarlo en una forma más o menos figurada.

La explicación psicológica de estos procedimientos parece ser la siguiente: Si logramos exponer una idea sin que la persona que nos oye ni por un instante piense que estamos ansiosos de imponerle nuestro punto de vista, habrá muchas más probabilidades de que ésta sea aceptada y puesta en práctica, que si el sujeto sospecha que tratamos de influenciarlo e infiltrarle nuestras convicciones y deseos. De ahí que las proposiciones que se hacen en forma velada y sutil, de manera que su verdadero sentido no sea captado de pronto, sino después de haberlo meditado y madurado en la mente, llegando así a adquirir la apariencia de un pensamiento propio, tengan siempre un gran éxito y sean acogidas con calor y entusiasmo por la persona que (¡oh, vanidad de vanidades!) se imagina que ha estado manipulando algo de su propia cosecha y que ha alcanzado una conclusión lógica y razonable, la cual hay que adoptar sin vacilaciones de ninguna especie.

Resumiendo todas estas idas y venidas por los campos y vericuetos de la psicología moderna -que después de todo quizás no sea más moderna que la empleada por Eva para explicar cómo en el Paraíso Terrenal, en un ya lejano atardecer, probó la fruta del Árbol Prohibido-, daremos un ejemplo sencillo que muestre de manera gráfica los principios explicados. Si el Sr. A. desea que el Sr. B. haga, crea o sienta tales o cuales cosas, y actúe de conformidad con estos impulsos, en vez de encararse con él y ordenarle autoritariamente que proceda en esta o aquella forma, le hablará cortésmente tratando de sugerirle de manera indirecta lo que quiere y tal vez en forma alegórica o de parábola traiga al caso algo que tenga analogía con el asunto que le interesa, valiéndose para ello de algo que ha leído u oído en alguna parte, o citando las noticias de actualidad o mencionando y comentando una escena interesante de la película en boga, para luego dejar a un lado la cuestión y simular que sólo por casualidad estuvo interesado en ella. No obstante, si el Sr. A. ha seguido el método psicológico correcto al insinuar su idea al

Sr. B., tendremos que más tarde, aun cuando las dos personas se hayan separado y no hayan vuelto a ponerse en contacto, el Sr. E. comenzará a rumiar los pensamientos incompletos que le fueron sugeridos, intentando analizarlos y tratando de desentrañar su verdadero sentido a fin de comprender completamente la relación existente entre ellos y las circunstancias a las cuales fueron aplicados; y así, paulatinamente, llegará a posesionarse de la idea ya darle forma completa en su pensamiento. Finalmente - después de algunas horas o algunos días, o tal vez semanas y hasta meses- surgirá de pronto en la conciencia del Sr. E. la reminiscencia de lo que le fue dicho, y en virtud de haber sido esto sometido a un proceso mental por su propia inteligencia, se siente de repente vivamente interesado en ello y encuentra que tiene relación con algo que le concierne, bien sea en su vida privada o pública, o directamente a su persona; y cautivado por tal asociación de ideas, en seguida trata de sacarle partido buscando aplicación práctica a la analogía y afinidad que ha descubierto, acogiendo así abiertamente la sugerencia que le fue propuesta por el Sr. A. y dándole verdadera importancia y significación en su vida. Al llegar a este punto el éxito del proceso ha sido rotundo, y ya la idea o sugestión no pertenece solamente al Sr. A. sino que ha pasado a ser propiedad de E.; es su propia y estupenda concepción y, en consecuencia, la mente no tendrá ninguna repugnancia o recelo en prohiarla, pues es el producto del análisis y el razonamiento verificado en su conciencia. De este modo la idea lanzada por A. llega a posesionarse del cerebro de E. y éste se convierte en la víctima inconsciente, por su bien o por su mal, de una influencia ajena. Es así, pues, como obra, en parte, el proceso psicológico de las reacciones mentales.

CAPITULO IV

EXTRAÑOS PROCESOS DE LA MENTE HUMANA

No merece discutirse, por obvio, si la mente humana influye sobre la materia o si tiene alguna relación y afinidad con los diversos procesos psicológicos que se verifican dentro del ser humano. Pues no es necesario ser un fanático ni un partidario incondicional de los sistemas, teorías, doctrinas o credos metafísicos, místicos, espiritualistas o religiosos, para conceder y aceptar que hay hechos que constituyen pruebas irrefutables de que todo proceso mental tiene su repercusión sobre el cuerpo y ésta se manifiesta muchas veces mediante reacciones muy particulares y especiales.

El estudio clínico del proceso psicológico llamado hipnosis, ha demostrado hace ya mucho tiempo que una persona sumida en un sueño letárgico, bien debido a la hipnosis o provocado por algún narcótico, y si esa persona tiene fe en la capacidad y en la integridad del que la está tratando, creará firmemente que una simple pluma fuente o un lápiz es un hierro candente si así se le manda que lo crea. y si este utensilio inofensivo se esgrime ante sus ojos, lo verá como a un instrumento de tortura, y si se le toca un brazo con él, aunque sea levemente, experimentará un dolor intenso y real que dejará su huella en la forma de una ampolla. En todos los experimentos de esta naturaleza, realizados unas veces en las clínicas y otras en los salones de conferencia, el sujeto en estado hipnótico se mostraba siempre accesible a esta clase de sugestión y sufría todo el proceso físico y mental que produce una quemadura, registrándose en esta reacción hasta aquellas vibraciones sólo perceptibles mediante aparatos especiales dotados de gran sensibilidad, como los cardiógrafos. Cuando despertaba, aunque ignoraba lo ocurrido, podía sin embargo ver la ampolla que se levantaba en su brazo, del mismo tamaño y de la misma forma que tenía el objeto que le había sido aplicado, y la cual podía ser picada y exprimida en la forma corriente, sin que el menor indicio indicara que no había sido producida por una fuerte quemadura.

Tenemos, pues, en estos experimentos científicos, hechos miles de veces en los hospitales y clínicas psiquiátricas de Europa y América, y presenciados en más de una ocasión por el autor de este libro, un ejemplo excelente de cómo una idea, sin base material que la sostenga, puede producir un efecto fisiológico palpable. En otras palabras, esto demuestra que una idea o un pensamiento acariciado en la mente, puede llegar a materializarse en algo real y tangible capaz de afectar el cuerpo humano.

Cientos de experimentos semejantes verificados en personas de ambos sexos y de todas las edades, demuestran que cada vez que la mente humana, sin vacilaciones, sin dudas y sin suspicacias de ningún género, acepta una idea cualquiera, ésta se convierte en una especie de ley o imposición, que no solamente domina el cerebro sino que tiende a exteriorizarse ya realizarse en el campo fisiológico aunque no haya ningún antecedente material que le preste su apoyo.

Para hacer esto más comprensible recurramos al mismo ejemplo del hierro candente, pero supongamos esta vez que un hierro o metal cualquiera calentado al rojo de verdad fuera aplicado a nuestro brazo.

En este caso no habría necesidad de que la mente creara la idea de la quemadura y de los efectos dolorosos que produce, llevando esta sensación, por medio de los nervios, hasta el cerebro y dándole allí conciencia, pues la realidad del hecho se encarga no solamente de hacernos sentir la tortura del dolor, sino que hará que los músculos del brazo se contraigan naturalmente para esquivar el contacto del objeto que le causa daño. Y este instinto de huir del peligro se manifestará también espontáneamente, sin que tengamos tiempo de pensar en ello, pues es la reacción natural del sufrimiento que

experimenta la carne en el mismo instante que se le aplica el objeto candente. Asimismo, cuando el hierro ha sido separado del brazo -o éste se ha apartado presto del contacto de él- no se requiere ninguna sugestión mental para que aparezca la ampolla que es consecuencia inevitable de la quemadura, ni necesitamos pensar en las fases por las cuales atravesará, tales como la posibilidad de que se forme una úlcera, etc., para que el proceso natural tenga lugar.

Todas estas cosas, la quemadura de la carne, el dolor intenso, la contracción de la piel y de los músculos, el sacudimiento del brazo y la formación de la ampolla, son reacciones automáticas y espontáneas que se producen al contacto del hierro candente con la piel. No se podría decir, en consecuencia, que el dolor agudo, los esguinces nerviosos, la contracción de los músculos y la formación de la ampolla, sean ideas individuales y separadas, creadas por la mente y obligadas así a reaccionar y a manifestarse en el cuerpo. Cada una de las fases del proceso se presenta sucesiva y automáticamente, como algo ya establecido por las leyes de la naturaleza. Si cien personas diferentes someten sus brazos a la experiencia de la quemadura con el hierro en cuestión, colocándolo en la misma parte y durante igual tiempo, obtendremos reacciones semejantes en todos ellos, tales como desolladuras, ampollas, etc., circunstancia que nos viene a demostrar que la naturaleza actúa uniformemente en todos los procesos de formación espontánea.

Tenemos, pues, que la diferencia que separa el hecho de producir una quemadura en un brazo con una pluma fuente, mediante la sugestión de que es un hierro candente, y producirla realmente usando un instrumento calentado al rojo, es solamente cuestión de simple apreciación mental. En el primer caso la mente del individuo se basó en la fe y la confianza que tenía en la integridad del creador de la idea, para aceptar que una inofensiva pluma fuente era un hierro candente, y una vez aceptada esta creencia, la naturaleza reaccionó en la forma normal acostumbrada para estímulos de esta clase; en el segundo caso la mente fue impresionada por la existencia real y palpable del objeto mediante el testimonio de su propia conciencia, sin que para ello interviniera la influencia de otra mente, comprobando por sí misma la presencia amenazadora del hierro al rojo, y una vez cumplido el proceso de aceptación mental la naturaleza obró en la forma debida.

Pero en ambos casos podemos ver que el conocimiento de la existencia del objeto se obtuvo mediante la observación. El dicho popular que dice: "Ver para creer", nos indica con esto que sólo viendo una cosa podemos tener la evidencia de su naturaleza y medir la clase y la intensidad de los efectos que pueda producir. En el primer caso el paciente en estado hipnótico tiene conocimiento del hierro ardiente mediante la visión psíquica o psicológica de su mente, que está bajo el imperio del hipnotizador. O lo que es lo mismo, el paciente ve como algo real, incuestionable y fuera de dudas, aquello que el hipnotizador concibe y le impone que crea. Así, pues, en lo que concierne al proceso psicológico, puede decirse que el paciente en estado hipnótico ve el hierro al rojo cuando el hipnotizador le advierte que tiene ante sus ojos tal objeto.

(Tal vez interese a los estudiantes de psicología, y sirva de ayuda a aquellas personas que están en desacuerdo con los conceptos expuestos aquí, saber que se ha llegado a la conclusión, después de muchos y persistentes experimentos, de que una persona narcotizada o en estado hipnótico no cierra los ojos por completo como en el sueño normal, sino que los mantiene semiabiertos y sensibles a las percepciones fisiológicas, de manera que las transmisiones de las ondas luminosas se pueden efectuar como en estado de vigilia, con la sola diferencia de que la interpretación de las sensaciones que transmiten está sujeta a la voluntad del hipnotizador. En otras palabras, cuando el hipnotizador pone ante la persona en estado hipnótico una pluma fuente

corriente, ya sea ésta hecha de un material ordinario o de plata, y le dice que es un hierro candente, sugiriéndole que se fije en los resplandores incandescentes del mismo, en el calor y la ligera nube de humo que despide, podrá dicha persona hasta sentir las ráfagas calientes que se desprenden del objeto y que le bañan el rostro, creyendo firmemente que es un hierro incandescente, y así tiene lugar un proceso psicológico que cambia por completo la percepción del sujeto. Porque la transformación no se verifica en la retina del ojo. Fisiológicamente hablando, y de acuerdo con las leyes de la física, la retina debió captar la fiel imagen óptica de la inofensiva pluma fuente. Pero en nuestro estado normal de vigilia, así como en cualquier estado hipnótico o de mediumnidad, el proceso de ver no termina en la retina sino que allí realmente principia, pues los estímulos nerviosos creados por las impresiones luminosas que llevan las imágenes a la retina, deben ser transmitidas a las regiones psíquicas o psicológicas del cerebro y la conciencia, en donde la visión se realiza completa y viene a ser algo más que una simple impresión del nervio óptico.

Por lo tanto, cualquier anomalía de índole material que perturbe o interfiera las funciones perceptivas del cerebro y la conciencia, puede ser causa -y con frecuencia lo es- de interpretaciones erróneas y tergiversaciones de la imagen captada por la retina, dando origen a que una persona, sin que esté hipnotizada o presente campo abierto a la sugestión, ni esté influenciada por ningún psicólogo, pueda confundir un pedazo de goma negra, del tamaño y la forma de una pluma fuente, con un hierro incandescente. Pueden, pues, existir otras causas, fuera de la sugestión del hipnotizador, que induzcan a tener una percepción falsa o equivocada de las cosas. Tomemos por ejemplo a una persona que de antemano tiene la idea de que va a ser torturada con un hierro candente, o que se imagina que muy cerca de ella, en la habitación donde está, existe un artefacto semejante, y piensa que tal vez se lo traigan para que lo examine; o bien supongamos un individuo que, debido a la influencia de ciertas lecturas, está imbuido en la idea de que ha habido casos de personas que, por encontrarse sin trabajo, sin hogar y sin dinero, han sido sometidas a semejante género de tortura, y supongamos también que dicho individuo se encuentra atravesando una situación parecida; pues bien, si a este individuo lo transportamos de manera violenta y repentina al cuarto de una clínica y en su presencia extraemos de una caja misteriosa una pluma fuente de color negro, exhibiéndola de pronto ante su vista y preguntándole qué clase de objeto es aquél, es casi seguro que contestará sin vacilar que es un hierro candente. De igual manera un niño de dos años puede confundir dicha pluma fuente con un bombón, pues mientras contemplaba la misma cosa que el adulto, su mente infantil no alcanzaba a traducir en forma apropiada la imagen captada por la retina).

La simple aceptación de una idea hace que ésta se convierta en una realidad para nosotros y este es uno de los procesos naturales más sorprendentes de las leyes que rigen el cerebro y la conciencia humana.

Pues al acoger favorablemente una idea cualquiera ésta se adueña del cerebro y una vez allí establecida llega a tener el imperio de una ley sobre la conciencia o el yo interno o psíquico. Al compenetrarse el ser con la esencia del pensamiento no se requiere entonces ningún esfuerzo consciente -tal como pensar, analizar y razonar-, para que la idea pase a ser un hecho irrefutable para la conciencia. Si acaso tiene lugar algún análisis o razonamiento, éste tal vez es hecho de manera instantánea por nuestro yo interno o conciencia psíquica, efectuándose en esta forma una especie de análisis subjetivo completamente diferente y desligado del proceso objetivo de razonamiento que la mente emplea generalmente para obtener el conocimiento de las cosas.

Es por demás obvio que si a cualquiera de nosotros, en estado normal y completamente despiertos, se nos pone ante la vista la pluma fuente de que hemos

venido tratando, o mejor dicho, el extremo de la tapa de ésta, y se nos dice que es un hierro candente, nuestras facultades objetivas de razonamiento se pondrían en seguida en movimiento y por analogía y comparación determinarían si se trataba verdaderamente de un hierro candente o no. No obstante, dicho razonamiento estaría siempre sujeto a la información o educación pretérita que con respecto a las cosas tengan nuestros sentidos. Si el cerebro no tiene idea de lo que es una pluma fuente o no sabe qué aspecto tiene un hierro candente o un simple trozo de madera encendido, no tendrá punto de referencia para determinar por analogía y comparación la naturaleza del objeto que se ofrece a la vista. Si un individuo no posee el conocimiento de lo que es un metal incandescente, probablemente permanecerá indiferente e inmutable ante la amenaza de que éste va a ser colocado sobre su epidermis. Y aún cuando se le dijera que su piel se quemaría con tal contacto, si carece de la experiencia de lo que es una quemadura, porque nunca vio ni sintió cosa semejante, no reaccionará ante dicha idea haciendo gestos de dolor, ni contrayendo nerviosamente los músculos como en el caso del sujeto sumido en sueño hipnótico. No cabe duda de que sentiría la sensación del objeto contra la piel y es probable que hasta tendría la impresión de que de él emanaba un ligero calor, y si se le vendaban los ojos es casi seguro que no podría decir en que parte del cuerpo lo habían tocado con la pluma fuente. Por otra parte, si en vez de la inofensiva pluma fuente lo hubieran tocado con un hierro candente de verdad, aunque jamás antes hubiera pasado por la experiencia de una quemadura y desconociera los efectos que el fuego produce sobre la carne, la reacción habría sido violenta como en el caso del individuo en estado hipnótico a quien la aplicación de la pluma fuente sobre el brazo produjo el mismo efecto y las mismas consecuencias que si le hubieran aplicado un hierro candente.

Ahora podemos ver que las ideas, ya sean el resultado de la observación directa o inculcadas mediante una sugestión hipnótica, son interpretadas siempre por nuestra mente a la luz de la experiencia y el conocimiento que tenemos de las cosas. Una estupenda ilustración de lo dicho es el caso narrado por el famoso explorador Livingstone. En uno de sus viajes al África se divirtió mucho con el asombro y la incredulidad de los nativos, que no podían creer que sus pesados y voluminosos elefantes pudieran andar sobre la superficie de los mares helados de Norte América y otras regiones nórdicas. Pensar que paquidermos que hundían hasta la tierra firme con su pesado paso, fueran capaces de andar sobre la superficie de las aguas sin sumergirse ni siquiera un cuarto de pulgada, era algo inconcebible para ellos. Además, las explicaciones que Livingstone les daba acerca del agua congelada no significaban nada para ellos, pues como no habían visto nunca a este elemento en su estado sólido, o "agua dura", como decían interpretando las palabras del explorador, simplemente se negaban a creer que pudiera ser verdad que el agua congelada negara a alcanzar la consistencia necesaria para resistir el peso de semejantes animales. Las palabras "hielo" y "congelado" eran expresiones sin sentido para estas gentes, que no podían formarse una imagen de cosas que no habían visto ni experimentado jamás.

En consecuencia, otra de las raras peculiaridades de la conciencia y de la mente humana, es la que se relaciona con la interpretación individual de las ideas y de las percepciones que tenemos por medio de los cinco sentidos. Sabemos lo que una cosa es, precisamente por aquello que no es; así distinguimos el calor del frío por la comparación que hacemos de estos dos extremos.

Igualmente sucede con lo blando y lo duro, etc. Pero aun cuando estamos dotados de los mismos vehículos de conocimiento -los sentidos- no todos tenemos iguales percepciones; y, por lo tanto, dos personas que ven a un mismo tiempo una misma cosa pueden muy bien tener una apreciación diferente de ella. Puede suceder que la

impresión visual captada por la retina coincide en algunos casos, pero no obstante, siempre habrá diferencia de interpretación debido al grado de comprensión que posee cada persona, el cual depende de muchos factores, entre los cuales figuran en primer término la educación, la experiencia, el sentido común, etc.

Mas, cuando una idea es aceptada por la conciencia o yo interno, y hemos adquirido una comprensión particular de ella, en consonancia con nuestra educación y experiencias, ésta se convierte en algo vivo que pasa a formar parte del ser, debido a la asimilación que hizo de ella nuestra conciencia individual. y desde el momento en que la idea ha sido absorbida en esta forma, producirá en la conciencia del individuo los efectos y consecuencias que él le atribuye.

Todos los estudios e investigaciones científicas hechos acerca de los estímulos y reacciones psicológicas producidas por la mente sobre el cuerpo humano, demuestran que una vez aceptada y admitida una idea por la mente, ya sea que ésta esté basada en un hecho real o que se deba a alguna ilusión de los sentidos, la conciencia del hombre la acata como una verdad y evoluciona siempre de manera uniforme, siguiendo la lógica determinada de antemano por la naturaleza. En otras palabras, si la mente creyó que la pluma fuente era un hierro candente que abrasaría el cuerpo, la idea cobrará realidad no sólo en la conciencia sino que se materializará y cobrará realidad en el cuerpo, manifestando todos los efectos y consecuencias propios de una quemadura producida por un auténtico hierro candente.

Y como una ilustración más de este proceso maravilloso de la conciencia humana y del poder mental que regula y controla las reacciones del cuerpo o de la materia de la cual éste está compuesto, permítaseme citar una larga serie de experimentos realizados en varios institutos psiquiátricos nacionales y extranjeros, usando como materia de sugestión el agua. Se sumía a varios individuos en estado semi-hipnótico, se les tomaba la temperatura de la boca con termómetros de dos minutos y ésta era anotada cuidadosamente y verificada por varios espectadores. Después se les ponía ante la vista un vaso vacío y se les decía que estaba lleno de agua fresca y potable.

Transcurrida una breve pausa, a fin de que la idea penetrara y se grabara en la mente de todos, se ofrecía el vaso a un paciente y se le instaba para que bebiera un poco de aquella agua a fin de que calmara su sed. Acto seguido el sujeto tomaba el vaso, lo acercaba a sus labios y tirando la cabeza un poco hacia atrás comenzaba a tomar el agua. Se pudo observar que cada dos y medio o cuatro segundos el paciente hacía el gesto de tragar algo y que todos los músculos del cuello funcionaban en la forma típica en que lo hacen cuando se toma algún líquido, pudiéndose apreciar claramente la dilatación de la garganta a medida que el agua bajaba hacia la tráquea, tal y como sucede en los casos en que se toma agua de verdad. (Aquel que no comprenda las peculiaridades de tal experimento, puede acercarse un vaso vacío a los labios y hacer como si estuviera tomando agua. Entonces verá que es sumamente difícil lograr que los músculos funcionen normalmente al solo intento de querer imitar el proceso de beber agua y que transcurrirá una dilatada pausa entre el gesto de tomar un trago y otro trago) Después que el paciente bebió hasta saciar su sed, devolvió el vaso, y era curioso verle saborearse denotando gran satisfacción por lo agradable que le había sido tomar aquel vaso de agua. Para demostrar que este experimento no era del todo imaginario, basado Únicamente en la sugestión del operador, se procedió de nuevo a tomar la temperatura de la boca, resultando que había bajado como promedio general diez grados y en algunos casos determinados de veinte a veinticinco grados. Posteriormente se llevaron a efecto otras pruebas para demostrar de manera concluyente que una persona en estado normal que se lleve a los labios un vaso vacío y simule que está tomando agua, no absorberá corriente de aire frío en cantidad suficiente para que la temperatura le baje en

la forma mencionada y apenas si ésta disminuirá dos grados a la sumo. ¿ De dónde procedía entonces la frialdad que alteró en forma tan notable la temperatura de la boca de las personas que creyeron tomar agua de un vaso vacío ? La única respuesta posible y que está de acuerdo con todos los resultados obtenidos en los experimentos realizados en diversas instituciones psicológicas o psicopáticas, incluyendo la Orden Rosacruz y la Universidad Rosacruz en San José, California, U. S. A., es que cuando el individuo acogió en su mente la idea de que tenía en las manos un vaso de agua, esta creencia se convirtió en la convicción absoluta de que en verdad el vaso contenía agua fresca y potable, estableciéndose así una relación instantánea entre el cerebro y el cuerpo, lo cual dio lugar a que se efectuara el proceso psicológico que gobierna las reacciones físicas de acuerdo con las leyes naturales. En consecuencia, la idea de que tomaba agua fue una realidad para el individuo y esta acción evolucionó en forma normal en su organismo. Los músculos cumplieron la función de impulsar el agua a través de la garganta, con la misma rítmica moción con que lo hacen cuando tomamos un liquido cualquiera. El descenso de temperatura fue otra faz del proceso natural que se verificaba y de ninguna manera efecto de la influencia mental del hipnotizador o del mismo paciente, aunque, no obstante, éste tuvo lugar debido al estado de conciencia provocado por el sujeto, que en verdad creía que estaba bebiendo **agua fresca y potable**. La causa de las fluctuaciones de temperatura, constatada en los diversos experimentos referidos, quizás obedeció a la diferencia de gustos individuales, pues probablemente algunos preferirían el agua muy fría, con pedacitos de hielo dentro; a otros tal vez les gustaba menos helada, y así por el estilo.

Henos aquí, pues, colocados frente a frente de unas de las leyes más extraordinarias y admirables del Altísimo o de la Naturaleza. No se trata, sin embargo, de las leyes que rigen la gravitación universal ni de aquellas que gobiernan los movimientos de rotación y traslación de la Tierra; tampoco nos referimos a las que determinan en forma precisa los ciclos de los cometas, ni a las que intervienen en la dirección y control de los rayos Cósmicos, ni a las maravillas de la herencia racial, que influye de manera tan decisiva en los complejos procesos de la biología humana. No, no nos referimos a las leyes insondables e impenetrables del espacio infinito, sino simplemente a aquellas que se relacionan con nuestra conciencia, con nuestro cuerpo, con nuestra propia vida y existencia. A las leyes con que estamos en contacto minuto a minuto, día tras día durante el transcurso de la vida, y con las cuales deberíamos estar más familiarizados que con ninguna otra ley del universo. Mientras los exploradores y hombres de ciencia se afanan en encontrar rastros de vida humana en el planeta Marte o la Luna; mientras los arqueólogos dedican sus vidas a explorar las tumbas milenarias del Egipto y a resucitar los templos desaparecidos de Mesopotamia, son muy pocos, en verdad, los que consagran su tiempo y su entusiasmo a la investigación de la naturaleza humana y divina del hombre. Nos cautivan los misterios de épocas remotas vislumbrados en lugares lejanos, corremos tras las sombras del pasado y dilapidamos el tiempo tratando de descorrer el velo que nos oculta el futuro, y entretanto descuidamos e ignoramos por completo el estupendo campo de observación que llevamos dentro de nosotros mismos y al cual podemos tener acceso sin necesidad de abandonar nuestro propio hogar, con sólo sentarnos confortablemente y reconcentrarnos en nuestro **yo interno** a fin de extraer de sus profundidades los preciosos objetos que allí yacen y que constituyen un tesoro y una riqueza inapreciables y forman la auténtica realidad del SER.

¡Muchos misterios encierra en sí mismo el ser humano! Pero este de que hemos venido hablando es realmente uno de los más sorprendentes y extraordinarios: toda idea que es aceptada plenamente por el cerebro y la conciencia humanos, sin suspicacias ni

dudas que la enturbien, llega a convertirse en parte y esencia de nuestra propia personalidad, y se manifiesta a través de nuestro ser por medio de los efectos y consecuencias que estamos conformes en atribuirle. En esta forma llega a constituir un estado de conciencia que, de acuerdo con los principios Insondables que gobiernan la naturaleza humana, ejercerá su imperio en el plano físico, a menos que no procedamos a contrarrestar su influencia valiéndonos del mismo proceso psicológico que fijó el pensamiento de manera tan indeleble.

La conclusión que salta a la vista es que la felicidad, la salud, la alegría y el pleno disfrute de todos los dones de la naturaleza, dependen de las ideas que las personas abriguen en su mente y de la comprensión e interpretación que el subconsciente haga de ellas.

¡En esto consiste el secreto del envenenamiento mental!

CAPITULO V

ENVENENAMIENTO MENTAL - CAUSAS QUE LO PRODUCEN

La mente humana tiene características muy particulares y tendencias sorprendentes. Dos de éstas ejercen gran influencia sobre nuestro yo. La primera consiste en esa tendencia que nos impulsa a creer ya aceptar como verdadero aquello que nos conviene o que encontramos razonable. La segunda es esa inclinación innata que nos lleva a acatar como hechos indudables los principios y conclusiones que están en un todo de acuerdo con las opiniones y conceptos ya establecidos en nuestra mente.

Como una derivación de estas dos tendencias -o tal vez ello constituya en sí una inclinación especial-, podemos observar también cierta debilidad y flaqueza de que adolecen la mente y la conciencia humanas: la predisposición natural que existe en el ánimo para aceptar y adoptar cualquier conclusión exótica, extravagante o rara, si ella va a corroborar ciertas y determinadas creencias que ya tenemos sobre algún asunto. Esta tendencia o flaqueza es de origen vanidoso y produce en el individuo un sentimiento jactancioso que lo lleva a afirmarse en la creencia de que sus conceptos estaban bien fundados, despertando esto un espíritu exagerado de autovalorización de la propia personalidad, que se juzga entonces superior a la generalidad, ya que es capaz de tener ideas más elevadas que las que animan las mentes de las masas humanas. Con engreída satisfacción llega el individuo a razonar de esta manera: mi opinión tiene que ser verdadera pues difiere de la del populacho y esto me da la convicción de que soy más inteligente que la mayoría de las personas, pues no hay duda de que mis juicios son tan sutiles y profundos y mis concepciones de las cosas tan amplias, que el vulgo no alcanza a comprenderme.

Uniendo, pues, esta tercera tendencia a las dos primeras encontramos como inclinación natural de la mente humana -aun en los casos de aquellas personas que carecen de una mediana ilustración o son completamente analfabetas-, la propensión a sobreestimar y debido a esto es que no hay ser humano que no se considere superior en algún sentido a los que le rodean. Podemos muy bien observar el caso de esos asiduos lectores de historietas de intrigas y de misterio o de aventuras detectivescas que desde las primeras líneas dejan entrever el final del asunto. Ellos ingenuamente se imaginan que al deducir el desarrollo de la trama lo hicieron gracias a sus privilegiadas facultades de análisis y raciocinio y no llegan ni siquiera a sospechar que se trata de una sutileza del autor que quiso sugerir en alguna forma el desenlace de la escena. Estos trucos psicológicos complacen y adulan a esta clase de lectores y cuando la lectura del capítulo final les revela que sus deducciones fueron correctas, exteriorizan su satisfacción proclamando al autor de la historieta como a un gran escritor y se hacen suscritores perpetuos de todo lo que éste publica.

Este lado flaco de la mente también da origen a cierto espíritu de contradicción, e inspiradas en él es que muchas personas se empeñan en atribuir los sucesos más comunes y triviales de la vida a causas sobrenaturales. Muchas veces sus opiniones pueden ser contrarias a lo establecido por la ciencia, pero aun así se atreverían a afirmar que ellos están en lo cierto y que los científicos deben ser los equivocados.

Tales personas son sin embargo normales en los demás aspectos de su vida diaria, pero los fascina lo misterioso por lo cómodo que resulta atribuir a una fuerza desconocida, a un arcano impenetrable y legendario, todo lo que no nos podemos explicar, situando así en el reino de lo sobrenatural y milagroso las cosas que están más allá de nuestra comprensión. Siempre se figuran que sus achaques de salud y sus reveses de fortuna son debidos al influjo de alguna entidad invisible, impalpable y sutil, sin

detenerse a pensar que tal vez sean el resultado de alguna ley natural puesta en función por ellos de manera inconsciente, o las consecuencias lógicas y espontáneas de alguna violación de uno cualquiera de los principios de la naturaleza. Así, cuando los aqueja algún resfriado rebelde, con dolores persistentes en el pecho, no comprenden que quizás éste se ha prolongado tanto tiempo por la negligencia con que lo vieron al principio, pretendiendo curarlo con patentados que juzgaron apropiados, sin consultar la opinión autorizada de un facultativo, y están prestos a atribuir estas molestias a los efectos de un rayo misterioso de la luna, a las manchas del sol, a una conjunción planetaria o a cualquiera otra influencia de carácter y naturaleza psíquica. Algunas veces no son esta clase de supersticiones las que los dominan sino ciertas manías, y al ver que el resfriado persiste a pesar de todos los remedios que por cuenta propia se han aplicado, entonces deducen que debe existir alguna causa externa que lo mantiene, algo de índole tóxica que envenena la atmósfera, tal como el gas que se escapa de la hornilla cuando cocinan, el aroma que exhala determinada planta que crece en el jardín o los miasmas que emanan de los albañales o alcantarillas cercanos a la casa. Esta clase de personas son lectores apasionados de los avisos que se publican en la prensa ofreciendo medicinas patentadas o específicos terapéuticos mercantilizados que sirven para todo y describen los síntomas característicos de ciertas enfermedades. y cuando en dicha propaganda encuentran alguna velada sugerencia de que tal vez existe algún motivo desconocido, alguna causa misteriosa y fuera de lo natural que es la que mantiene la enfermedad, la cual escapa a la penetración de los médicos y hombres de ciencia, entonces no vacilan en aceptar tal suposición, pues ella viene a responder a las ideas que de antemano habían concebido.

Convengamos o no en ello, todos estamos siempre propensos a creer -aun cuando admitamos que hay personas que nos aventajan en cultura e instrucción-, que nuestros juicios son más atinados en algún sentido, especialmente si se trata de desentrañar la verdad de algún caso raro, oscuro y misterioso. Vacilamos en aceptar la opinión del vulgo, las creencias generales, las conclusiones universales y rechazamos toda idea Popular, pues pensamos que de no hacerlo así escatimamos méritos a nuestra inteligencia y no demostramos nuestra superioridad. En efecto, aceptar sin réplica las opiniones y conclusiones de la generalidad, denota casi siempre debilidad mental. De ahí que cuando desde lo profundo e ignoto de los complejos principios del universo, de improviso extraemos una idea nueva que lógicamente se pueda aplicar a cualquier problema que nos embargue, la cual cobra proporciones y se desarrolla a medida que meditamos sobre ella, nos sintamos orgullosos y halagados por la capacidad que demostramos para sondear los misterios de la naturaleza y para obtener la verdad por nuestros propios medios. Se despierta en nosotros un sentimiento imponderable que nos proporciona la sensación de que estamos adquiriendo un gran desarrollo mental e incidentalmente esto nos armoniza con las maravillosas fuerzas ocultas del universo, ya que nos encontramos capaces de penetrar en sus dominios por haber arrebatado a la rutilante diadema del Arcano la joya invaluable de un pensamiento original y único en su especie.

Mas, esta tendencia de la mente humana constituye también una puerta de entrada que permite el fácil acceso de las ideas exóticas, y esto predispone a la conciencia y la hace susceptible en alto grado a las influencias de las diversas formas de envenenamiento mental. Desgraciadamente para la humanidad, las varias clases de envenenamiento mental que pueden arruinar y destrozar una vida no se administran violentamente y la víctima no necesita ser hipnotizada, ni narcotizada, ni incapacitada en ningún sentido físico o mental para que el envenenamiento mental penetre a lo más profundo y recóndito de la conciencia y lleve allí a cabo su obra destructora.

Podrá parecer una paradoja o una incongruencia absurda, pero es lo cierto que no hay tóxico de tan fácil inoculación y absorción como el virus mental y al mismo tiempo tampoco existe veneno alguno de efectos más violentos y acción más virulenta, pues penetra y contamina a un tiempo el cuerpo y el alma. El hombre se ha afanado por siglos en descubrir vacunas, antídotos y contravenenos; ha luchado sin descanso contra los gérmenes, microbios y bacilos de toda especie a fin de preservarse contra las enfermedades e infecciones; pero no ha dedicado ni siquiera unos pocos minutos de estudio para tratar de contrarrestar el peor de los virus ni para inmunizarse contra la más terrible de todas las infecciones.

Si no fuera por las inclinaciones y tendencias mencionadas y por esa predisposición especial de la mente que permite la entrada a cierta clase de pensamientos que penetran como fluidos emponzoñados y contaminan la conciencia, no sería el ser humano la víctima indefensa de una de las más tremendas injusticias cometidas por el hombre contra el hombre.

Ahora bien, examinemos algunas de las diversas formas de envenenamiento mental y la manera como ocurre el proceso de inoculación. En primer término tenemos aquel que produce enfermedades corporales y mentales, acompañadas de ciertas perturbaciones y manías de carácter crónico. Clasificaremos este tipo de envenenamiento bajo la denominación de Clase "A", sin que esto signifique que es la forma más frecuente y usual, sino simplemente porque es uno de los más fáciles de administrar y más desastroso y terrible en sus consecuencias.

Los métodos de inoculación para este caso son varios, pero se pueden reducir a tres: sugerencias audibles, tales como comentarios, etc.; sugerencias visuales y sugerencias gráficas u objetivas. Ilustraremos lo dicho con algunos ejemplos.

Pongamos el caso de una muchacha de diecinueve años, tan normal y saludable que cualquier compañía de seguros de vida le extendería sin vacilar una póliza de veinte mil dólares. Nunca ha sufrido ninguna enfermedad grave ni está amenazada por el peligro de algún mal hereditario, lleva una vida metódica y todo parece indicar que podrá vivir hasta muy avanzada edad.

Durante trece meses ha venido haciendo en tranvía el recorrido que separa su casa del lugar donde trabaja, cogiendo muchas veces el mismo carro todas las mañanas hasta llegar a familiarizarse con las caras de todos los pasajeros que día tras día usaban el mismo vehículo y seguían la misma ruta que ella. Nuestra dama ha tenido, pues, oportunidad de observar por varios meses a un joven que generalmente acostumbraba sentarse a leer el periódico en una de las esquinas del carro, y quien de manera sistemática, después de transcurrida una media hora de estar en marcha el carro, se levantaba de su asiento y salía a la plataforma para respirar a todo pulmón.

Al principio se imaginó que tal vez lo hacía como práctica de cultura física, pero razonando y pensando -siempre más propensa a aceptar las explicaciones fantásticas que aquellas que estuvieran de acuerdo con el sentido, común-, llegó a la conclusión de que debía existir otro motivo, pues el joven en cuestión muy bien podía hacer sus ejercicios gimnásticos en su casa y no en el tranvía. Su perspicacia le sugirió la idea de que quizás la razón por la cual el joven hacía esto era porque temía contraer alguna infección y prefería respirar aire puro. La imaginación fecunda de la chica creyó encontrar corroboración a esta última suposición en la circunstancia de que el joven casi siempre salía a la plataforma cuando el carro se llenaba de gente.

Siguiendo el curso de sus pensamientos y asociando ideas con esa habilidad especial que tiene la imaginación para encontrar hechos que afirmen lo concebido por ella, la muchacha comenzó a notar que el joven iba empalideciendo cada día y parecía más débil cada vez, hasta el punto de que al irse a parar de su asiento para dirigirse a la

plataforma, se comprendía que hacía un gran esfuerzo. ¡Sí, no cabía duda de que al descender del tranvía se tambaleaba, dando señales inequívocas de un gran agotamiento! También un día una señora que venía sentada al otro extremo del tranvía, se desmayó. Su rostro lucía tan pálido como el del joven de la plataforma. La bajaron y la llevaron a una botica cercana a fin de reanimarla y el tranvía continuó su itinerario acostumbrado.

Al día siguiente la señora reapareció en su sitio de costumbre, pero indudablemente que la palidez de su rostro se había acentuado mucho más. Luego, una mañana la muchacha notó que ni el joven ni la señora estaban en el carro. ¿Qué podía haber sucedido? El deseo y la curiosidad de despejar esta incógnita apareció en la conciencia de la chica; la imaginación se puso de nuevo en movimiento y la fantasía empezó a forjar leyendas inverosímiles en relación con el asunto que la intrigaba. La ausencia de esas dos personas debía tener alguna conexión con los incidentes observados anteriormente. Alguna enfermedad parecida debió sobrevenirles y quizás el mal lo contrajeron en el tranvía.

La dama en referencia llegó a su oficina y se puso a meditar. ¿Sería verdad que los lugares donde se apiñaba la multitud eran centros propicios para el desarrollo de los gérmenes infecciosos y su fácil propagación? ¿Tendrían, acaso, razón los editores y escritores de revistas de índole sanitaria e higiénica? ¿Estaría ella misma afectándose lenta y paulatinamente debido a la travesía que diariamente tenía que hacer en un ambiente contaminado y pernicioso? Acto seguido se fue a contemplar en un espejo. Efectivamente, le pareció que estaba más pálida que de costumbre.

¿Debería hacerse examinar por un médico? En tal caso ¿qué le diría? Como no experimentaba dolencias ni síntomas físicos de ningún género, el médico no iba a creer sus presunciones y deducciones y hasta se reiría de sus ideas. Lo mejor sería esperar a ver si algún otro pasajero se enfermaba.

Tres días después, en el momento de bajar del tranvía, decidió aclarar el misterio preguntando al conductor la causa por la cual aquellas dos personas ya no viajaban en dicho vehículo. Obtuvo la siguiente respuesta: "El joven murió hace dos días, no se sabe si debido al agotamiento causado por una enfermedad del corazón o de los pulmones. Su hermano, un policía que algunas veces se monta en este tranvía, me informó esta mañana que el pobre muchacho había muerto antes de que los médicos pudieran determinar si se trataba de tuberculosis o de una afección cardíaca. Pero de lo que sí estaban seguros era de que la enfermedad provenía de algunos gérmenes y microbios que sin duda había contraído en el diario ir y venir del trabajo a la casa o quizás en el propio lugar donde desempeñaba sus labores. Ahora bien, la señora, según tengo entendido, está enferma con escarlatina, enfermedad que contrajo durante las últimas semanas. La Junta de Salubridad se preocupó mucho por la circunstancia de que ella viajó en este carro durante el proceso de incubación de la enfermedad. El tranvía ha sido desinfectado tres veces".

¡Horror! Las terribles sospechas de la joven estaban confirmadas. Viajar en aquel tranvía era más que peligroso. Era un verdadero suicidio. No era extraño, pues, que ella también estuviera empalideciendo. Durante aquella mañana, por tres veces, sintió una especie de desvanecimiento, vértigos y opresiones seguidas de una intensa debilidad orgánica y una gran laxitud. Al mediodía contó el caso a una amiga, y ésta le dijo: "¿No leyó en la prensa que había una epidemia de escarlatina en el distrito de Foulton, y no es de allí precisamente que parte el tranvía que le corresponde a usted tomar? ¿No sabe usted que la mayoría de las epidemias se incuban con preferencia en los lugares húmedos y sin ventilación, tales como los túneles, vías subterráneas, trenes elevados y demás medios de transporte usados en las grandes ciudades como Nueva York? Muchas

veces estos gérmenes infecciosos se perciben gradual y lentamente, y la persona no se viene a dar cuenta de ello hasta que se encuentra completamente intoxicada y comienza a sentirse mal, a ponerse pálida y a experimentar vértigos y gran debilidad cerebral y física. Dicha debilidad es indicio seguro y fatal de que el mal ha atacado el cerebro y de que ya es demasiado tarde para tratar de contenerlo o curarlo. No hay vacuna lo suficientemente poderosa para salvar a la persona cuando el organismo se encuentra minado por haber aspirado durante largo tiempo la atmósfera viciada e impregnada de miasmas de los lugares donde concurren grandes multitudes y los cuales carecen de ventilación apropiada.

Ojalá que usted no contraiga la escarlatina, pues es muy joven y por lo regular las personas entre los diecisiete y los veinte años, que se contagian de este mal, no resisten la enfermedad y mueren a consecuencia de ella. y hablo con experiencia porque perdí así a una hermana que era maestra de escuela y contrajo la enfermedad de algunos de sus discípulos; tenía veinte años. Los niños se salvaron, pero mi hermana murió".

Tres días más tarde aquella joven empezó a sentir diariamente síntomas de debilidad general, vértigos y desmayos. Con la esperanza de curarse sin tener que pasar por el doloroso proceso de que le extrajeran el líquido encéfalo-raquídeo y mil otras molestias más, fue a consultar un médico, manifestándole los síntomas que la aquejaban, pero sin comunicarle sus sospechas y presunciones acerca del origen del mal. El doctor, no encontrando la causa de dichos mareos y desvanecimientos, le dijo: "Parece que existe alguna influencia desconocida que afecta su sistema nervioso. Por lo tanto tendré que esperar y observar por algún tiempo su organismo para poder dar un diagnóstico correcto. Por lo pronto voy a recetarle algo que le limpie y purifique la sangre".

A medida que el tiempo transcurría los mareos se acentuaban, el rostro se tornaba más pálido y el cuerpo más débil. Dos semanas más tarde la joven ya estaba postrada en cama con fiebre, alucinaciones, delirios y una gran elevación en la tensión arterial, todo lo cual llevó el desconcierto y la pesadumbre a su hogar. Finalmente, en uno de sus instantes de delirio la enferma murmuró: "Yo sé que tengo escarlatina. Me contagié en el tranvía, pero no debo decirlo a nadie. ¡No se lo digan al doctor! ¡Dos víctimas han muerto y yo seré la próxima!" La familia inmediatamente informó al médico de las extrañas palabras que habían oído de labios de la paciente. A la siguiente mañana la joven escuchó que el doctor hablaba en voz baja al otro lado de la puerta de su habitación y decía: "Si es escarlatina, es de la denominada escarlatina cerebral, y esto, a su edad, puede ser mortal. La enfermedad debe hacer crisis esta noche y, en consecuencia, la enferma empeorará más y más a cada instante, por lo cual deben tener gran cuidado en no dejarla sola ni un momento y observarla atentamente". Durante las veinticuatro horas siguientes el delirio cobró proporciones tan alarmantes que la familia desesperada llamó a otro médico -un especialista-, y éste comprendió por la forma del delirio que la enfermedad obedecía más bien que a un verdadero contagio fisiológico, a una sugestión mental de carácter puramente psicológico. Se dio cuenta de la forma de envenenamiento mental que la había obsesionado. Vio la sugestión que se había enseñoreado de su conciencia y que amenazaba destruirla con la furia de un demonio enloquecido. Era como si un espíritu diabólico se hubiera posesionado de ella y tenía que ser destruido en la misma forma en que Jesús había enseñado a sus discípulos a sacar los espíritus malos del cuerpo de los endemoniados a fin de que éstos sanaran.

El especialista en cuestión obtuvo la cooperación de un eminente psicólogo y del médico anterior, y trabajando los tres en colaboración consiguieron restablecer a la joven, devolviéndole gradualmente la salud. No obstante, por meses todavía, persistió en la conciencia de la joven el horrible cuadro de los gérmenes mortales que flotaban

alrededor del tranvía y como fieras en acecho caían sobre su organismo para aniquilarlo, penetrando por la nariz y por la boca para así destruir los glóbulos rojos, los tejidos cerebrales y finalmente sumirla en ese estado comatoso del que fue rescatada sólo por milagro.

¿ Cuándo y cómo le fue administrado a esta joven el envenenamiento mental ? La primera dosis de tal veneno se la administró casualmente y sin intención, el conductor del tranvía, al contarle la historia de la muerte del muchacho y de la enfermedad de la señora, todo lo cual parecía lógico y vino a propósito para dar fuerza y consistencia en la conciencia de la chica a las fantasías tejidas por su imaginación.

Como tales hechos estaban de acuerdo con sus propios pensamientos, no dudó ni por un momento de la veracidad del asunto. La segunda dosis vino en forma visual y se la administró ella misma al contemplar su figura en el espejo y creer que estaba más pálida, ayudando a fomentar tal idea la exaltación hiperestesiada de su sistema nervioso, que se manifestaba mediante debilidad general y mareos constantes. Pero la dosis más saturada fue la que, sin mala intención, por supuesto, pero sin duda muy imprudentemente, la suministró aquella amiga que le refirió la forma en que el bacilo de la escarlatina ataca el cerebro, cómo esta epidemia es de fácil propagación en los tranvías y demás vehículos de transporte popular, añadiendo para colmo que había un brote de ella precisamente en el distrito de donde procedía el tranvía que la joven acostumbraba tomar, y que su hermanita había muerto a consecuencia de esta enfermedad cuando apenas tenía veinte años! La dosis final fue administrada por el propio médico que la asistía, al informar, sin ninguna precaución e impremeditadamente, cerca de la puerta de la habitación de la enferma, el estado de gravedad en que ésta se encontraba, todo lo cual fue escuchado por ella. Muy pocas personas se dan cuenta de la finura y agudeza que cobra el oído de los enfermos que desconfían que el médico no les diga la verdad acerca de su estado o que sospechan que pueden estar atacados de un mal crónico incurable. Asimismo aquellas personas que sufren de debilidad mental o trastornos cerebrales, hasta el punto de parecer enteramente estúpidas, desequilibradas o dementes, están dotadas de una sensibilidad excesiva que les permite captar los más mínimos sonidos e interpretar cualquier actitud, movimiento o gesto y aún hasta los pensamientos más fugaces.

Y en esta forma nuestra dama estuvo al borde de la tumba. Su enfermedad ya no fue algo imaginario sino una dolorosa realidad. La debilidad, la fiebre, el delirio, etc., ya no eran meros estados mentales fáciles de controlar en unos pocos días mediante unas cuantas sugerencias psicológicas de índole positiva. Pasaron a ser verdaderos estados fisiológicos, caracterizados por determinados efectos patológicos, ya debidamente clasificados y estudiados por la medicina, y los cuales sin embargo no era posible dominar aplicando las fórmulas terapéuticas usadas para tales casos. No se conoce ninguna droga, extracto vegetal o esencia de alguna clase que sirva como antídoto para el envenenamiento mental. Sus efectos pueden neutralizarse y hacerse desaparecer sólo mediante la aplicación de un antídoto de índole mental también, aplicado por una mente sana, llena de inspiración divina y capacitada para con amor y simpatía combatir tan mortal ponzoña. Casi siempre resultan nulos y contraproducentes los esfuerzos de las personas que intentan contrarrestar el envenenamiento mental empleando contrasugerencias, ironías y burlas y citando argumentos y estadísticas. En esta forma lo que hacen es empeorar la situación y exasperar al paciente al echarle en cara que su mente está débil o desequilibrada y que por ello se hace necesario contrariarlo en sus ideas o al hacerle creer que está afectado de un mal desconocido mucho más peligroso de lo que parece a simple vista y el cual está fuera del alcance de la patología y la cirugía, y deberá ser combatido mediante cierto proceso mental misterioso y secreto. En

tal sentido hasta los mejores y más fieles amigos y los profesionales más bondadosos y bien intencionados, pueden convertirse inconscientemente en vehículos transmisores de los gérmenes del envenenamiento mental.

Otra ilustración, de rasgos casi universales por lo común, es la que nos muestra a individuos que padecen alguna debilidad física sin trascendencia y como ignoran la causa de ella viven a caza de los anuncios de medicamentos donde se detallan los síntomas de diversas enfermedades y de la propaganda sanitaria, a fin de ver si encuentran un diagnóstico que venga de acuerdo con las pequeñas molestias que sienten y descubrir así el origen de tales achaques.

Mientras más se empeñan en su manía de encontrar una causa a la cual atribuir su mal, ya medida que aumenta la cantidad de medicinas que infructuosamente han tomado, se aferran más y más a la creencia de que tal vez éste tenga un origen extraño y desconocido, resultado quién sabe de qué condiciones y circunstancias anormales. Tal conclusión es aceptada por la mente y esto trae consigo la reacción correspondiente, conforme se explicó en el capítulo precedente, resultando de todo esto que la que al principio fue algo simple, se convierte al final en algo complicado, difícil de analizar y más difícil aún de tratar y curar. El individuo ha recargado su mente con las explicaciones y los síntomas de mil enfermedades diferentes y está predispuesto en forma tal que al ver un anuncio de una medicina patentada cualquiera, se imagina que él presenta los síntomas allí descritos y queda convencido de que justamente está sufriendo la enfermedad a que se refiere el remedio en cuestión. La aceptación de tales ideas trae una reacción en el cuerpo, y la mente comienza sin demora su trabajo de forjar los síntomas que la imaginación acogió tan favorablemente.

En la busca constante de nuevos datos con que corroborar sus sospechas, la persona rehúsa toda explicación que atribuya los padecimientos que sufre a una causa lógica y natural, y en cambio acoge con entusiasmo cualquier hipótesis complicada y misteriosa, especialmente si encierra una amenaza de peligro vital. Hora tras hora la imaginación y la mente se concentran en la parte del cuerpo donde se supone está localizada la enfermedad. Simplemente podrá sentir dolores por todo el dorso del cuerpo y muchas veces podrá experimentar como calambres o también podrá sufrir esas penosas sensaciones, agudas y cortantes, propias de la gastritis o provocadas por gases o inflamaciones intestinales, todo ello dolencias pasajeras y comunes debidas a alguna irregularidad funcional de índole leve; mas, si el individuo, sugestionado por todo lo que ha leído acerca de diversas enfermedades, se imagina que tiene cálculos biliares, todas las dolencias que sufra las relacionará mentalmente con tal padecimiento. Se consagrará por entero a hurgar en las bibliotecas los libros de medicina y todas las revistas de índole sanitaria que se ofrezcan a la venta, para ilustrarse debidamente sobre los síntomas y demás características que presentan los cálculos biliares. Aun hasta las palabras y términos desconocidos le parecerá que se refieren a esta enfermedad y su predisposición de espíritu lo llevará hasta el extremo de juzgar que hay algún error en los tratados de medicina cuando describen algún síntoma que él no ha experimentado.

Por otra parte, cada vez que encuentra un detalle que tenga cierta similitud con lo que le acontece, lo exagera y lo transforma hasta hacerlo concordar por completo con lo que siente. La mente llega hasta recrearse y complacerse en la contemplación del proceso de formación de los cálculos biliares, y esto al fin produce la reacción material correspondiente, dando origen a que el cuerpo contraiga la enfermedad imaginada. La vesícula biliar ha llegado a afectarse, no debido a una deficiencia orgánica como la persona cree, sino mediante un lento y seguro proceso de envenenamiento mental. El conocimiento de todos los síntomas de la enfermedad, con sus determinadas reacciones y efectos, la constante lectura de casos de personas que padecían de dicho mal, la

impresión causada por la muerte repentina de algunos seres que sufrían de enfermedades desconocidas por la ciencia, los achaques peculiares del abuelo y de la abuela, todo esto sumado a las dolencias personales que hace años aquejan al individuo, ha ido a repercutir en el punto central motivo de todas las preocupaciones: la vesícula biliar y los cálculos que se han formado en ella. y así día tras día el veneno mental va intoxicando la conciencia, inyectado paulatinamente por las lecturas y referencias que fomentan las manías arraigadas en la mente del individuo. El resultado es que se desarrolla un mal de naturaleza crónica e incurable y los médicos se declaran impotentes para hacer algo en favor del paciente, pues no encuentran cálculos en la vesícula e ignoran el origen de la enfermedad. Este estado se irá empeorando más y más a medida que el enfermo se hace más accesible a las sugerencias creadas por su propia mente y muchas veces conduce hasta la muerte.

Los peores casos de envenenamiento mental son los ocasionados por amigos o conocidos, quienes mucha veces sin intención y sin malicia hablan por el placer de hablar y charlan con gran locuacidad y volubilidad acerca de la salud y la enfermedad y están siempre prestos a definir la clase de mal que puede provenir de esta o aquella dolencia al parecer insignificante.

Cuando nos damos cuenta de que no existe, a ninguna edad, un organismo que funcione con absoluta perfección; cuando comprendemos que no hay momento de la vida en que los órganos no estén trabajando para generar o eliminar alguna sustancia que falta o sobra para mantener la estabilidad del cuerpo; cuando sabemos que el organismo tiene que estar siempre en guardia para corregir las alteraciones causadas por algún alimento inadecuado que hayamos comido o alguna bebida intoxicante que hayamos tomado, y cuando, en fin, somos conscientes de que escasamente habrá una semana durante el año en la cual el cuerpo no tenga que luchar para combatir los gérmenes nocivos que constantemente se introducen en el organismo por las vías respiratorias o en el agua y el alimento que consumimos diariamente, motivando esto muchas veces ligeras perturbaciones circulatorias o respiratorias, las cuales carecen en sí de importancia, pero a las que muy bien la mente puede revestir de gravedad, en la preocupación constante -muy justa y comprensible por cierto-, que tiene el ser humano en mantener el cuerpo sano y saludable, entonces podemos fácilmente ver que existe un terreno abonado, un campo propicio que permite que cualquier idea o pensamiento imprudente e impremeditado, penetre en la conciencia y en la mente humana y haga allí su labor destructora.

Por eso resulta tan frecuente que un individuo que está ansioso de descubrir la causa de algunos trastornos físicos que lo molestan, se extravíe en sus pensamientos y se deje sugestionar por las afirmaciones contenidas en la exposición impremeditada hecha al azar por algún pariente o amigo, o por algún médico u hombre de ciencia que hace alusiones imprudentes, sin darse cuenta de que está suministrando con sus frases una dosis mortal de veneno mental.

Tampoco podemos dejar de mencionar aquí esas amables vecinas que les encanta platicar y cuando se encuentran con algunas muchachas que están en vías de ser madres por primera vez, les pintan con colores sombríos lo terrible de la experiencia que las aguarda y las alertan contra las mil complicaciones serias e inesperadas que pueden surgir de la noche a la mañana y dificultar que el proceso por el cual atraviesan tenga un desenlace normal y natural. Se deleitan en llevar el temor al corazón de las jóvenes inexpertas, confiadas y optimistas, aconsejándolas no fiarse mucho de las seguridades que les dé el médico ni de los consejos empíricos de la familia.

Sienten especial placer en escudriñar las sombras del pasado, para sacar a la luz todos aquellos casos que por excepcionales y únicos deberían relegarse. al olvido y no

tomarse en cuenta, pues muchas veces pueden hasta no ser verídicos, en los cuales la presunta madre fue de pronto atacada por hemorragias y trastornos que causaron la muerte de ella y de la criatura, o que dieron origen a que la criatura naciera con anormalidades físicas. Especialmente hacen hincapié en el hecho de que durante los últimos cincuenta años han muerto centenares de mujeres embarazadas debido a extraños accidentes y complicaciones que se presentan durante el parto, sin tomar en cuenta que quizás durante el mismo período han habido millones de nacimientos naturales y normales y que si tal vez los pocos casos que mencionan tuvieron un desenlace fatal, fue debido a la anormalidad de la constitución física de la madre o quien sabe a qué estigma de carácter hereditario!

Estas gentes dan la impresión de que obran así movidas por la envidia y hasta parece que las molesta la idea de que una madre joven, confiada y optimista, tenga un parto normal y goce de la vigilancia, cuidados y atenciones que los adelantos de la obstetricia y la puericultura brindan a las madres de hoy día. Parece que se deleitan en contemplar la impresión de temor que asoma a la cara de la joven embarazada al escuchar las sombrías predicciones que de manera tan inoportuna le hacen.

¡Desgraciada de la pobre mujer en cinta que le comunique a una de estas envenenadoras mentales que anteayer se golpeó el codo izquierdo con el fregador; o que al bajar la escalera el tacón de su zapato izquierdo se enredó y estuvo a punto de caerse; o que una noche se despertó con un dolor muy raro en la costilla del lado izquierdo, o que ha tenido calambres en el dedo gordo del pie izquierdo, o que últimamente le ha dolido una muela! Todos estos insignificantes incidentes, del todo ajenos al proceso de gestación, serán exagerados y presentados a la vista de la joven como señales inequívocas de grandes y serias complicaciones, citando ejemplos de casos similares, ocurridos entre algunas de sus amistades, que habían tenido consecuencias fatales. Cuando la presunta madre se aleja cabizbaja, como abrumada por la carga de una cruz muy pesada, se sienten satisfechas de su obra. Y si por desgracia sucede algún contratiempo en relación con el parto de una de estas jóvenes, la envenenadora mental exclamará en el acto: "¡Yo se lo había advertido y no me hizo caso; si ahora no tiene cuidado puede tener peores resultados con la criatura!". Y así sucesivamente se irán extendiendo las habladurías, cada vez más robustecidas con la afirmación de pequeños detalles, siempre tendientes a llevar la cavilación y el temor al corazón de las madres en ciernes.

También son muy frecuentes los casos de envenenamiento mental deliberado, suministrado por mentes malévolas -pudiera decirse mentes de demonios encarnadas en cuerpos humanos, si tal cosa pudiera existir-, que se proponen arruinar y destruir la vida de un amigo o enemigo o simplemente de una persona cualquiera que haya tenido la desgracia de cruzarse en su camino. Estos seres descarriados que gustan de sembrar el mal, no solamente se complacen en encender la tea de la discordia entre jefes y subalternos, amigos y camaradas, sino que también infiltran su ponzoña de manera sutil, llevando grandes dosis de veneno a las conciencias individuales, mediante la forma de consejos y sugerencias al parecer sinceras y oportunas, que pueden muchas veces cambiar la manera de pensar y de actuar de la persona, haciéndola hasta exclamar: "Fulano tiene razón; nunca me había detenido a meditar en esto. Pero ahora comprendo que todas estas circunstancias están relacionadas entre sí y me doy cuenta de que he sido y aún soy víctima de influencias ajenas a mi voluntad que me han llevado a la ruina, destruyendo mi existencia y causando mi desgracia y la de mi familia. Lamentablemente ya es demasiado tarde y no puedo remediar nada" .

Durante los veinticinco o más años que hacen que estoy en contacto con los problemas de toda índole de hombres y mujeres de diversas clases, de profesiones

diferentes y distintas categorías sociales, he podido apreciar que el 75% de todos los casos que se me consultaban, tenían un origen puramente imaginativo. Muchas veces las circunstancias o condiciones por las que atravesaban eran efectivamente dolorosas y mortificantes, pero aun así no era como para cegarse hasta el punto de no ver un camino, una manera lógica y razonable de arreglar sus asuntos; mas, el cerebro tenía todas sus facultades de raciocinio inhibidas y era incapaz de encontrar una salida simplemente porque alguien que estaba interesado en verlos en la desgracia, desanimados y llenos de pesimismo e incertidumbre, les había inoculado sutilmente su veneno, haciéndoles creer que ya no había redención posible para ellos, ni poder humano que pudiera alejar el infortunio de sus vidas. La mayoría de ellos estaban presos en las garras de falsas creencias que les habían sido infiltradas con intenciones perniciosas y eran incapaces de enfocar debidamente sus problemas, pues habían perdido por completo la fe, y ya no creían ni en la familia, ni en la amistad ni en la ciencia. Había algunos cuya incredulidad llegaba hasta el punto de dudar de la existencia de Dios y negaban toda probabilidad de que existiera una Providencia misericordiosa y justa que interviniera en las cosas de este mundo terrenal.

También hay muchos seres de naturaleza emotiva y bondadosa que con el fin de ofrecer un consuelo, de brindar ayuda, etc., lanzan una frase, emiten un pensamiento o sugieren una imagen que puede ser tergiversada o mal interpretada por la mente que la recibe, convirtiéndose así en algo nocivo, aun cuando no fue esa la intención que lo inspiró; por tal motivo debemos tener mucho cuidado con lo que pensamos, hacemos o decimos y antes de actuar en cualquier forma debemos pensar muy bien lo que hacemos para evitar malos entendimientos y daños in pensados.

Recuerdo muy bien el caso de una señora que guardaba cama durante mucho tiempo y que debido a esto sospechaba que su corazón se había debilitado en gran extremo. Constantemente insistía en que la enfermera llamara al médico para que la auscultara. Una de estas veces yo estaba presente y vi cuando el facultativo penetró a la habitación de la enferma y sacó del bolsillo de su larga bata blanca un estetoscopio plegadizo. Lo desdobló, lo ajustó y lo aplicó al pecho de la enferma, tratando luego de oír las palpitations del corazón y el compás de la respiración. Mientras hacía todo esto yo había observado que uno de los tubos de caucho del aparato estaba completamente torcido. Pronto el médico se dio también cuenta de ello y lo desconectó, pasándoselo luego a la enfermera y rogándole le trajera otro aparato. La paciente que estaba en suspenso observó todos los movimientos del doctor y vio cuando éste arrojó el instrumento a la enfermera con un gesto nada satisfactorio, creyó que se trataba de ella y exclamó acongojada: "¡Oh, Dios mío, ya es demasiado tarde!". Acto seguido se desvaneció. El síncope se prolongó en un estado de inconsciencia que duró por varios días y la enferma tardó semanas en recuperarse. Su histerismo le había inoculado una dosis de veneno mental que muy bien hubiera podido llevarla a la tumba. El bondadoso médico no se imaginó nunca que su gesto de pasarle el estetoscopio a la enfermera podía ocasionar en la paciente la sugestión mental de que su corazón ya no latía, pues él no podía escuchar sus palpitations y era inútil tratar de hacer cualquier esfuerzo para remediar la situación. ¡Con tal ligereza reacciona la mente humana, no sólo cuando; razonadamente acepta alguna conclusión, sino también cuando tergiversa o interpreta mal algún pensamiento, haciendo que sus juicios sean aceptados por la conciencia y se hagan una realidad dentro del mundo físico!

Por todas estas razones, repito, conviene y se hace necesario que todos pensemos y meditemos siempre antes de emitir un juicio o ejecutar un acto cualquiera. La mente humana es mucho más sensitiva de lo que puede serlo una placa fotográfica o el más delicado micrófono. Cuando se filma alguna película en los estudios cinematográficos

se tiene gran cuidado y esmero en evitar todo ruido: se detienen los automóviles que recorren los caminos cercanos al estudio, y los obreros y todo el que va y viene, afanado en las diversas ocupaciones del estudio, es obligado a guardar silencio hasta que suena una sirena que avisa que ya el micrófono ha sido desconectado y se pueden proseguir las actividades interrumpidas. Tienen que hacerlo así porque el micrófono es tan sensible que capta los sonidos a muchos metros de distancia, y cualquier ruido, por insignificante que parezca, podría arruinar la producción.

Las modernas cámaras fotográficas, con sus lentes ultra-sensitivos y sus películas tan finas, pueden impresionar, a plena luz o en penumbra, en un centésimo de segundo, hasta el más ligero detalle. Pero la celeridad de las cámaras fotográficas y la penetración y sutileza de los micrófonos, no significan nada en comparación con el poder de captación e impresionabilidad de la mente humana. Basta una simple mirada, un imperceptible movimiento de labios, una mano trémula, un tono de voz fuera de lo común o un gesto cualquiera, para poner en movimiento la mente, y muchas veces las interpretaciones que haga de los pequeños detalles pueden repercutir en el ser humano con la violencia de huracanes asoladores.

Por otra parte, esta misma facultad nos dota del poder de generar y difundir fuerzas benéficas y constructivas, ideas elevadas y enaltecedoras, y nos permite formular sugerencias que sirvan de ayuda y despierten la confianza en la vida, llevando la salud, la felicidad, la esperanza y la ambición hasta el más desgraciado y - débil de los seres humanos. Toda esta hermosa obra se puede llevar a cabo en la misma forma en que se verifica la otra: de manera sutil y delicada, sin dar lugar a que se dude de la sinceridad de propósito que nos anima. Así, pues, podemos infundir alegría en vez de tristeza.

Podemos crear esperanzas en lugar de abatimiento. Podemos llevar a la conciencia y a la mente de los demás el gusto por la vida, un sentimiento de emulación digna, la aspiración de alcanzar un futuro brillante y podemos, en fin, abrir la puerta mágica que muestra un mundo de posibilidades infinitas al alcance de todos los seres humanos y que depurará al individuo llenándolo de inspiración divina y de un refulgente, gozo espiritual capaz de rejuvenecer y redimir hasta a los más desdichados.

Ahora vemos porque hace más de treinta y un siglos los sabios y magos que tenían la obligación de proteger las tumbas de sus amados soberanos, grabaron en la tumba del Faraón Tut Ank Amen la amenazadora advertencia de que cualquiera que se atreviese a profanar dichos lugares, violando así las sagradas leyes egipcias, recibiría la terrible maldición de los dioses y moriría fulminado por el poderoso anatema: preparaban así una fuerte dosis de veneno mental, que se conservaría incólume a través de los siglos para ir a herir de muerte a todos aquellos que, desoyendo la advertencia y penetrando en los sagrados recintos, permitían sin embargo que las palabras allí escritas los impresionaran y llevaran el temor a sus corazones, haciéndolos vulnerables a las influencias de tales sugerencias.